

EDICIÓN NO 1 ENERO- MARZO 2024

REVISTA DEL NUEVO TERROR LATINOAMERICANO

Selección de los mejores cuentos de terror contemporáneos en español



Portada: Samael Spezia
Idea original: David Kolkraabe

Narrativa:

Elena Abrín (México) Andrés Oscura (México)
David Kolkraabe (Colombia) Georgina Mexía-Amador (México) J. J. Mason (México)
Jeannette Realpe Castillo (Ecuador) Dilsia Zoskia (México) Arturo Valdez (México)
Tony Martínez Tena (España-México) Antonio Carlin Lynch (México)
Fer Michel (México) Ovidio Montes (México)



REVISTA DEL NUEVO TERROR LATINOAMERICANO

Enero - marzo 2024



La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano es una apuesta por rescatar lo mejor del cuento contemporáneo escrito en español en nuestro continente. De publicación trimestral, los cuentos aquí compilados fueron seleccionados por un jurado calificador que, voluntariamente, los eligieron a doble par ciego.

La Revista es gratuita y de difusión libre. Si la leíste, agradeceríamos que dejaras tu comentario en Goodreads (<https://www.goodreads.com/book/show/205248053-revista-del-nuevo-terror-latinoamericano-1>) y que la compartieras en tus redes sociales.

Ilustración: Samael Spezia

Idea original: David Kolkrabe

ISSN: (en trámite)

Nuevo Terror Latinoamericano



CONTENIDO

LAS NIÑAS DE TIERRA

ELENA ABRÍN

EL IMPOSTOR

ANDRÉS OSCURA

A ESCONDIDAS

DAVID KOLKRABE

LAS CASTIGADORAS

GEORGINA MEXÍA-AMADOR

INSOMNIO

J. J. MASON

DEL LADO DE LA VENTANA

JEANNETTE REALPE CASTILLO

EL HAMBRE

DILSIA ZOSKIA

MIEMBROS PERDIDOS

ARTURO VALDEZ BERNAL

LA ZOMBIE

TONY MARTÍNEZ TENA

PROVIDENCE, 86 AÑOS DESPUÉS DE LOVECRAFT

ANTONIO CARLIN LYNCH

LA CARRETERA

FER MICHEL

PARA ENGAÑAR A SANTA

OVIDIO MONTES AGUILAR

CÓMO PUBLICAR EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA REVISTA

LAS NIÑAS DE LA TIERRA

ELENA ABRÍN

La casa fue desalojada hace meses, pero las niñas siguen aquí. Sus voces, incrustadas en las paredes, se deslizan entre las grietas, caen en cascadas de cemento y se desprenden en un rocío pétreo que se asienta en mi cabeza. La casa está llena de cadenas de ecos, de pasos en el techo, de llantos que escurren por los cristales y de risas frenéticas entre las sombras. Las niñas no tienen a dónde ir. Nadie sabe cómo llamarlas para mostrarles el camino.

La primera vez que estuve aquí, vine como policía. Arrasamos con las puertas quebrándolas como huesos, forzando la entrada, violando el silencio que, ahora pienso, era un homenaje. Yo detrás, yo novata, yo testigo.

Ellas me llaman durante la noche. Me atormentan con sus ruegos. Gritan desde la tierra. Piden ayuda. Yo me levanto a la hora que sea y manejo hasta la casa. Vengo a buscarlas. Me cuelo entre las rejas que pretenden ahuyentar a los curiosos. Recorro las habitaciones.

Los objetos tirados en el piso quieren hablarme: la muñeca con un solo brazo, el vestido blanco con manchas de sudor y sangre, la sandalia rosa sin el par que le corresponde, la foto doblada en cuatro partes, la flor seca que descansa en la ventana llena de polvo y el par de aretes con sus perlas falsas.

Veo a las niñas con claridad. Puedo distinguir sus rostros en los fragmentos de espejo que cuelgan de las paredes. Sus reflejos son los retablos de la espera. Me muestran sus almas, se refugian en las sombras, se contorsionan en el abandono. Sus voces son vibraciones cautivas; algo me dice que, si no las libero, quedaré atrapada aquí también.

¿Por qué ningún familiar vino por ellas? ¿Por qué las madres no se rompieron en gritos? ¿Por qué nadie se dio cuenta de que les faltaban? ¿Por qué las camas vacías no evidenciaron su entierro?



La casa fue su madre, ciega, cruel e ignorante. La casa las mantuvo cautivas, recibió los gritos de las niñas y los conservó en las paredes. La casa las contuvo, las cobijó en desesperanza y las contempló al romperse. Las asfixió hasta que las almas y los cuerpos de las niñas lograron separarse.

Margarita, la más chica de todas, me mira desde la ventana. Me saluda con su rostro húmedo de vacío. Me sonrío con dientes rotos. Su voz rebota por la casa como una pelota. No conozco los nombres verdaderos de estas niñas. A todas las bauticé con nombres de flores. A todas las arranqué de la tierra.

En la fotografía, que está doblada en cuatro, aparece Margarita. Sonríe con tanto brillo que puedo escuchar su vida. Una niña, apenas algunos años mayor, la abraza. Me imagino que es su hermana. Atrás escribieron “Prometo que nos iremos juntas. M y V”. Mientras las observo, imagino cómo habrán sido sus voces antes de llegar aquí. Pienso que tal vez la hermana es una de tantas mujeres sin rostro que saqué de la tierra: irreconocibles e innombrables.

Vengo a buscarlas como nadie lo hizo antes.

Quiero llevarme las semillas de su esencia.

Quiero enterrarlas y que den frutos.

Quiero que dejen de estar muertas.

Sus voces en las paredes. Sus risas en mis ojos. Sus lágrimas en mis oídos.

Madres, cuiden a sus hijas. No dejen que salgan de noche. No dejen que las Hermanas Siniestras les miren la cintura. No dejen que las persiguen con su falso rosario. Tapen sus oídos para que no entren sus promesas. Sólo hay dolor detrás de estas puertas.

Cuando las denuncias llegaron a la policía, el comandante actuó como si la niña estuviera loca. La gente la escuchó gritar desde la calle, pedir ayuda y golpearse contra las paredes; iba desnuda. Su voz cargaba el desgarramiento del himen y del alma, el quejido del vientre que se inunda de intrusos, el impacto del hambre rompiendo los huesos. Escuché la ausencia del nombre, el “yo” disuelto, la identidad perdida.

La cubrimos con una cobija, le repetimos que todo estaría bien, logramos calmarla y conducirla a la comisaría. La niña llegó con la mirada baja y los ojos ciegos de llanto. Su cara estaba roja y se la restregaba con los puños. No podía controlar su cuerpo. Temblaba. Se aferraba a una policía que la había cuidado durante el camino.

—Tengo un bebé adentro, me lo van a arrancar para matarme—las palabras de la niña eran amargas y descendían rasposas por mi garganta—. Ellas me obligaron a hacerlo; ellas me obligaron a estar con los hombres. Yo tenía que obedecer, porque si no el castigo era un fierro caliente.



—Seguro esta niña sólo quiere salirse del apuro, se habrá acostado con cualquiera y quiere que la ayudemos— dijo el comandante.

La niña tenía doce años. Parecía un ratón asustado, un ratoncito con la cola cortada a la mitad, un ratoncito sucio de alcantarilla. Poco a poco dejó de temblar y se secó los ojos. Un hipo infantil la dominó. Se atrevió a mirarnos. Sus ojos quedaron fijos en el comandante. Vi cómo el pequeño ratón se erizaba. El terror atravesó su piel como púas de alambre. Gritó, arañó y se orinó encima. Quiso escapar. No me dejen con él, pedía y señalaba. El comandante rio para desacreditarla.

—¿A poco le van a creer a esta putita?

No había terminado esta frase, cuando aparecieron dos niñas más en la puerta. Ambas igual de rotas, igual de sucias, igual de anónimas. El comandante pidió entre risas y temblores que no creyéramos nada.

A nosotros nos dio vergüenza seguir escuchando sus ruegos. Me miró con desprecio cuando lo conduje a una celda provisional. Ahí se quedó con una sonrisa estúpida, sudando grasa y desesperación.

Perdimos tiempo buscando la casa. Las instrucciones que las niñas nos daban eran vagas y confusas. La mayor de ellas tuvo que acompañarnos. Pudimos ubicarnos mejor gracias a las llamadas de la gente. Aun así, dimos varias vueltas hasta que la encontramos. La casa estaba vacía, pero algunas camas seguían tibias.

¿Dónde estaban las demás? Las niñas en la comisaría nos dijeron que aún quedaban algunas encerradas. Percibimos en las habitaciones la humedad salada de los cuerpos; sus alientos podían olerse entre las persianas. ¿Dónde estaban?

Era mi primer día en el trabajo. Los demás policías se concentraron en el patio trasero de la casa. Iba a salir también, cuando el jefe me interceptó.

—Lo que hay aquí no se ve todos los días, novata. Te lo digo sólo para que estés lista. Incluso para mí ha sido desagradable—.

Una mano se asomaba entre la tierra.

El jefe tenía razón, no estaba lista. Me habían preparado para la sangre y los cuerpos rotos, me habían enseñado a leer las heridas, me habían entrenado en la cornucopia de órganos que somos todos; pero nadie me preparó para la ternura. Porque fue ternura lo que sentí al ver sus caras en la tierra.

Las busqué entre la noche para develar sus cuerpos pálidos y comencé a quererlas. Sostuve entre mis manos sus dedos rechonchos, infantiles y helados, como si fueran mis hijas. Les quité con cariño la mugre de los ojos cuajados de muerte y quise abrazarlas.

Margarita olía al agua del pantano, al musgo y a la tierra.



¿A dónde van las niñas que desaparecen?

A las tumbas sin nombre.

A la oscuridad del suelo.

A la noche que se come sus caras y les da de beber lombrices.

Las amé al cobijarlas en bolsas negras. Las amé cuando, recostadas en la plancha metálica de la morgue, me contaban sus historias. El cuerpo de Rosa estaba revuelto por dentro, atravesado por un fierro caliente. Seguro la niña de la estación era la siguiente. Las hermanas Gerbera quedaron tías en un abrazo, así las encontramos. Me pregunté si las habrían enterrado vivas. Lilia tenía el cráneo deshecho de un solo golpe, pero el rostro quedó intacto. Más tarde encontré las manchas de sangre bajo las ventanas. Ellas fueron las últimas en ser enterradas: aún tenían carne sobre los huesos.

Ese jardín era un sembradío.

En algún momento tendrían que apartarlas de mí; pero no soporté la idea de dejarlas, no completamente. A cada una le corté una falange, la más pequeña del dedo meñique. Las guardé en mi lonchera. Las llevé a casa. Les quité el tejido que les quedaba y blanquéé los huesos. Las conservé conmigo en una bolsa para enterrarlas donde pudieran descansar. Las cuidé con la promesa de regresarles sus nombres. Y durante meses, me llamaron luchando contra el olvido.

Los periódicos se llenaron de fotografías de la casa y de las hermanas Siniestras. La gente buscaba la dirección para dejar flores, para mirar por las ventanas y para tratar de entender tanta crueldad. Varios necesitaban ver la casa para sentir alivio, porque las niñas pudieron ser sus hijas y sus hermanas, pero no lo fueron. La verdad pasó de boca en boca, se revolió con las opiniones de las personas, con su imaginación y sus temores. Ahora la verdad era una historia que le pertenecía a la gente. Y este alboroto, esta excitación por lo sombrío, esta historia que se asemejaba a una pesadilla, hizo que las madres aparecieran. Se presentaron en la policía, una a una, y me revelaron los nombres verdaderos de las niñas.

Las historias eran siempre las mismas: una familia pobre, demasiados hijos, las Hermanas Siniestras les ofrecían trabajo a las niñas en la capital y éstas se iban con ellas. Las madres lloraban con un llanto diminuto, tratando de no ocupar espacio, como si su dolor pudiera importunar a los que las rodeábamos. Después de todo, ¿no era culpa de ellas por no ser el soporte que necesitaban sus hijas? Parecían más avergonzadas que tristes.

La madre de Lilia fue la primera que vino.

—Sí, es ella— dijo con voz monótona. Sostuvo la cara de Lilia entre sus manos, le besó la frente y luego la persignó—. Ay, hija, te lo dije. Mira nomás lo que te hicieron.



Se giró para verme como diciendo: ¿qué otra cosa se supone que puede esperar alguien como yo de esta vida?

Así vinieron por todas, menos por Margarita. Me quedé esperando. Necesitaba saber quién era y la verdad nunca vino.

Ahora cuando visito la casa, lo único que rebota en las paredes es su voz. Está sola. Camina con los pies en el techo, su pelo cae hacia arriba, su sonrisa parece una mueca de tristeza. Me atraviesa como el frío. No tiene con quién jugar. No tiene a quién contarle su vida de niña muerta, porque yo no entiendo el lenguaje de los que se han ido. Yo sólo escucho el viento en forma de lamento.

—¿Qué quieres? — le pregunto, pero nunca responde. No me mira, no me habla.

¿Qué será de ella por siempre olvidada?

Sostengo su falange entre los dedos.

—Dime qué quieres, huesito.

Se detiene durante horas mirando los rincones y de pronto emprende la carrera. Sus pasos resuenan en toda la casa. Juega sola creando ecos en mi cerebro. Su risa de dientes rotos cruje sobre mi piel. Canta la misma canción solitaria que parece no tener fin: una y otra vez, una y otra vez.

Nunca el mundo pareció un lugar tan solo.

Y yo ya no aguanto.

Yo ya no puedo cargar con su olvido.

La quiero viva, al menos en la memoria, al menos en el corazón.

Que la gente diga su verdadero nombre, su nombre perdido, su nombre olvidado.

Por eso no me responde, porque no sé cómo llamarla y mi deseo es sólo un esfuerzo desperdiciado.

Niña de la tierra, háblame.

Niña de la tierra, no llores.

Niña de la tierra, dime tu nombre para que no te olvide.

Porque ya no quiero volver más.



EL IMPOSTOR

ANDRÉS OSCURA

Sí, tuvo que ser él, tuvo que ser en ese momento, ¿de qué otro modo pudo ser? ¿Fue él, ningún otro que ese impostor! ¿Qué? ¿Que cómo ocurrió? Déjeme le cuento. Caminaba por la explanada de la Alameda Hidalgo cuando chocamos por accidente. Iba con prisa para alcanzar el autobús y él... creo que solo andaba distraído, me pareció que olía a borracho —anote bien eso, oficial, por favor—. Chocamos de frente, casi sin darnos cuenta hasta tropezar el uno con el otro. Me miró raro, con sospecha o con espanto, no sé, pero antes de poder decirle algo, un reclamo o una disculpa, le vi alejarse entre el resto de la gente, con paso indeciso y mirada nerviosa. Parecía perturbado.

Y había algo más en sus ojos: me parecieron familiares.

No alcancé a verlo bien porque entonces corrí para tomar el camión a casa. Era muy tarde y quizá ese era el último. Varias personas se amontonaron para subir, terminamos todos apretujados y hubo varios más quienes ya no pudieron abordar. Miré por la ventana al tumulto sobre la acera y creí entonces distinguir al extraño, mirando hacia donde yo me hallaba, dentro del autobús que partía; nos miramos mutuamente, tensos, y seguí viéndolo hasta que nos alejamos y su cara se deshizo en una mancha borrosa que luego desapareció.

Un estremecimiento me acompañó durante todo el viaje y sentí también que los demás pasajeros me veían raro, como si intentaran apartarse de mí. Pronto me distraje imaginando la vida de aquel pobre diablo: ¿sería un vagabundo, un desahuciado? ¿Había sido acaso un hombre exitoso ahora hundido en la miseria? ¿Quién era ese tipo?

Hacía mucho calor por el bochorno de los cuerpos, atiborrados en el autobús unos sobre otros, como una lata de atún a punto de reventar. Olía a mugre rancia, a orines secos. Todos pusimos cara de asco. Miré por todas partes. No vi nada raro.

Más adelante la ruta comenzó a vaciarse, primero se bajaron dos personas, luego otra, subieron dos más, bajaron cuatro, y otros tres, y otro, y así, hasta que solo quedamos unos pocos. Bajé cuando pasamos frente al parque de la colonia. No recordaba bien todas las calles y por poco me metí a la equivocada, muy cerca del templo de una iglesia. Cuando llegué a mi casa me tanteé el bolsillo para buscar las llaves y me di cuenta de que mi



pantalón estaba vacío. Las busqué en mi chamarra pero tampoco las hallé —¿había llevado chamarra?—. Comencé a sentirme nervioso, los perros de la vecina ladraban y la luz pálida de un poste eléctrico me encandilaba más de lo usual. Me sentí mareado, como si hubiera bebido demasiado, ¡pero yo no había tomado!

Esa tarde platicué con mi amigo Alfredo en un café del Centro. Hablamos de nuestras vidas de oficinistas en dependencias de gobierno, me contó de su relación con su nueva novia, una tal Itzel. Se ofreció a darme un aventón en su nuevo Sentra, dije que no y se burló de mí.

—¿Cuándo te compras un coche?

—Ya tengo uno —respondí.

—¿Y dónde está, de qué color es?

—No sé, no me acuerdo —le dije, pero ¿por qué no recordaba el color de mi auto? Los dos reímos y se despidió mientras se ponía en marcha. Entonces me fui a la Alameda.

No tenía mis llaves, ni mi teléfono, ni mi cartera. Traté de volver mis pasos mentalmente y entonces recordé al tipo raro de la explanada: cuando chocamos, por poco caímos el uno encima del otro y quedamos como abrazados durante una fracción de segundo. ¡Fue él! ¡Él tomó todas mis cosas en ese instante! Me había bolseado con una agilidad sobrenatural. ¡El cabrón me había quitado mis pertenencias! —Anote bien eso, oficial—. Pensé entonces en regresar a buscarlo para exigirle que me devolviera todo, pero entendí que la idea era tan absurda como infortunada: ya casi eran las once de la noche. Quizá nunca más volvería a encontrarlo.

Miré a mi casa: el zaguán era alto, pero podía llegar al balcón si subía por el árbol de mi vecina. Comencé a trepar y el mareo se hizo más agudo —¿por qué estaba tan mareado?—. Los perros ladraban como si hubieran visto pasar al demonio.

De pronto, las luces se encendieron y una mujer empezó a gritar.

—¡Oiga, usted, bájese de ahí! ¿Qué quiere?, ¿qué anda haciendo?

Todavía me faltaba la mitad del ascenso.

—Buenas noches, vecina —le respondí con un saludo—. Soy yo, no pasa nada, perdí mis llaves, me las robaron en el Centro y no tengo cómo entrar a la casa, por eso me subí al árbol.

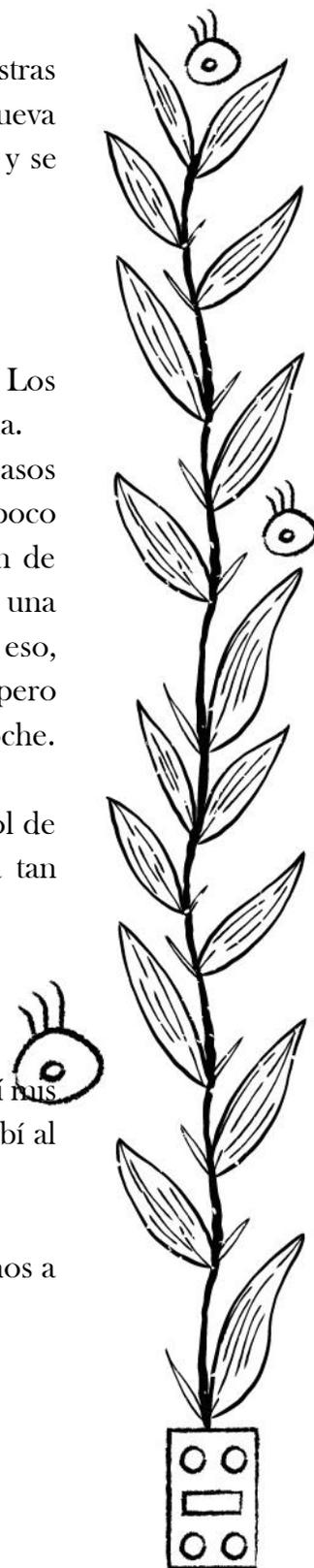
No reconocí a la señora, empecé a sentir la vista borrosa.

—¡Bájese de ahí! —me ordenó—. ¿quién es usted, qué quiere en esa casa? ¡Le vamos a hablar a la patrulla!

—Vecina, yo vivo aquí.

—¡No es cierto, esa casa no es suya!

—¿Cómo no va a ser mi casa?



—¡Hey, hablemle a la patrulla! ¡Vecinos, este se quiere meter a robar! —gritó la mujer alertando a toda la calle.

Se asomaron más personas.

—¡Bájese de ahí, ratero! —decían los otros que también salieron a sus puertas. Todos se aproximaron al árbol. Todos me observaban con curiosidad. Todos tenían cara como de espanto. Un hombre se trepó también al tronco, ágil como un gato detrás de una presa, me sujetó tan fuerte del pantalón que casi me lo arranca, y tiró y tiró de mi ropa hasta que me hizo caer. Lo siguiente que sentí fue el golpe seco de la banqueta en la cabeza y en la espada. Empecé a ver luces blancas, sentí las miradas de todos a mi alrededor.

—¿Quién eres y qué quieres en esta colonia?

—¡Yo vivo aquí! —intenté explicarles, pero apenas lo dije, el hombre que me derribó me dio una patada en el estómago.

—¡No te hagas pendejo! ¿Qué quieres aquí?

—¡No me pegue, yo vivo aquí!

La gente murmuraba “¿quién es ese?”, “¿lo conocen?”, “llamen a la policía”, “díganles que esta lacra quería robarle al muchacho que vive aquí”.

—¡Pero yo vivo aquí!

—¡No es cierto! —me gritó el otro y me volvió a patear más duro.

—No miento, señor, ¡yo vivo en esta casa!

Y él me dijo: ¿cómo se llama? Y yo... no dije nada, oficial, ¡no dije nada porque no me acordaba! —¿Puede usted creer eso? Hice un esfuerzo inmenso por recordar mi nombre, pero no pude, ¡le juro que no me acordaba!

—¿Que cómo te llamas, hijo de tu puta madre? —insistió aquel antes de patearme en la cara y hacerme sangrar la nariz.

—¡Ya no me pegue, por favor!

Tenía la voz llena de miedo, estaba a punto de llorar, tenía miedo de que me siguieran pateando, que me fueran a linchar, que me mataran...

Y miedo también de no recordar mi nombre.

—De seguro este está borracho, ¿verdad? —preguntó la señora.

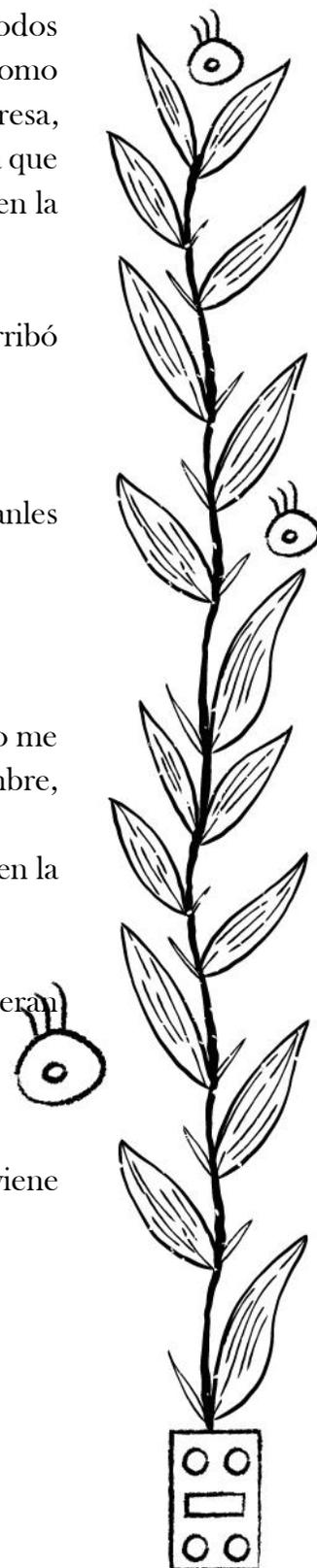
—Sí, hasta acá huele —dijo otra persona, ¡pero yo sé que no había tomado!—. Ya viene la policía para que se lo lleven.

—¿Me van a arrestar por intentar entrar a mi propia casa?

—¡Ya le dijimos que usted no vive aquí, señor!

—¿Señor? ¡Pero si tengo veintiocho años!

—¿Estás loco? Responde, ¿quién eres?



Y no me acordaba... ¡Carajo, en serio no podía recordarlo! No recordaba más que mi casa, y miraba a mis vecinos, pero no recordaba sus rostros, ni tampoco sus nombres.

“Ahí viene Esteban”, corearon entre la multitud y luego gritaron “¡Córrele, muchacho! Ven que aquí atrapamos a alguien que se quería meter a tu casa”, luego oí a un joven que gritaba preocupado “¿Qué pasó?, ¿qué pasó?” El gentío le abrió paso y apareció él...

Su rostro... ¡su rostro, oficial! ¡Ese tipo tenía puesto mi rostro! ¡llevaba puesta una ropa idéntica a la mía! ¡Él llevaba mi ropa! Y entonces... entonces me di cuenta de que ¡yo traía puestos unos harapos malolientes! Trajos con olor a mugre y a orín.

—¿Quién es este? —preguntó el impostor ¡usando mi voz!

Se lo juro que me puse a temblar, que me dieron unos escalofríos espantosos, oficial, cuando lo escuché hablando con mi voz. El sujeto me miraba extrañado, también con miedo, ¡a mí, que antes había sido él, pero ya no lo era más! ¡Y eran mis propios ojos los que me veían con tanto temor!

—Esteban, este mugroso quería brincarse a tu balcón, pero la señora Julia lo vio y nos avisó a todos —dijo el vecino más agresivo.

¿La señora Julia?, ¿quién era esa mujer?, ¿quiénes eran todas estas personas?, ¿quién era ese hombre con mi cara puesta sobre su cara?

—¡Ya viene la patrulla! —gritaron— ¡allá se ven las luces!

Miré aterrado al impostor, ese extraño con quien había chocado en la Alameda: sus ojos brillaban de enojo e indignación mientras yo lloraba sin entender cómo se había robado mi rostro. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta, me temblaron los labios, sentí la sangre escurriéndome hasta la barbilla, y comencé a gritar:

—¡Devuélvemela!, ¡devuélveme mi cara!, ¡dámela ya, la necesito!

Los demás solo murmuraban “¿qué le pasa a este pendejo?”, “de seguro está drogado”, “viene todo borracho”. El joven hurgó en su bolsillo y sacó unas llaves que insertó en la puerta de la casa, dio vuelta a la cerradura y dentro pude ver que había un auto estacionado de color verde que yo no reconocía... Entró y volvió unos segundos después, acompañado por una mujer; oí que le preguntaba “¿estás bien?, ¿no te pasó nada?” Luego le explicó que volvía del Centro, de una cita con su amigo Alfredo, que mañana revisaría el coche porque no había querido arrancar esa tarde. Mientras lo hacía, todas las casas se pintaron de luces rojas y azules, la multitud empezó a replegarse sobre la acera para dar paso a las unidades.

¿Y sabe qué más le dijo a la mujer, oficial? Le dijo:

—Creo que choqué con este tipo en la Alameda. Casi estoy seguro de que lo vi poco antes que Alfredo y yo entráramos al restaurante. No sé, tengo la impresión de que me ha estado siguiendo porque creo que lo vi también fuera de la oficina.



¡Pero era él quien me estuvo siguiendo a mí! ¿No lo ve, oficial? ¿No lo entiende? No pudo ser de otra manera: él me robó mi ropa, mi cartera, mi teléfono y mis llaves, y también me robó la cara, la juventud, la vida... ¡Me robó todo! ¡Él me quitó todo lo que tenía! ¡No me dejó nada sino un montón de harapos y una memoria incompleta! Sí... desde el momento en que chocamos, dejé de ser yo y me convertí en él, y él se convirtió en mí. ¡Es la única explicación que le encuentro a todo esto! Pero él y los demás me acusaron cuando ustedes llegaron, ese sujeto usó mi propia lengua para acusarme de ser algo que no era, ¡algo que él había sido!

¡Yo no hice nada malo, oficial! Él siempre fue el impostor y está allá afuera todavía, mirando al mundo con mis ojos, riendo con mi risa, conduciendo mi coche, gastando mi dinero, acostándose con mi mujer... Y tal vez siga robándole la vida a las personas con quienes choca, viviendo bajo sus pieles, soñando sueños que no le pertenecen, riendo de la alegría que les arrebató. ¡Él sigue allá afuera, oficial!

Y como le digo, no logro recordar del todo bien cómo fueron las cosas antes de que él apareciera. Quizá se ha robado también todos mis recuerdos... Quizá me implantó los suyos porque, a veces pienso que qué tal si mi vida siempre fue un sueño para él.

Sé que es difícil de creer, pero... ¡Hey! ¿A dónde va, oficial? ¿No va a seguir oyéndome? ¡Todavía no acabamos! ¡Vuelva acá! ¡Vuelva acá, le digo! ¡Vuelva ahora, carajo! ¡Oficial! ¡Regrese! ¡No me deje aquí encerrado! ¡Soy inocente! ¡Heeeey! ¡Regrese! ¡Regrese aquí, carajo! ¡Oficiaaaaaaal!



A ESCONDIDAS

DAVID KOLKRABE

El cadáver de Martina Tapia fue hallado a finales de agosto del 2018 en el Cerro San Cristóbal de Santiago de Chile. La niña de once años llevaba la falda del colegio, medias largas hasta las rodillas y zapatillas negras. Estaba desnuda del torso y tampoco tenía bragas. Luego de la autopsia se concluyó que Martina había sido estrangulada hasta morir, quizá por un hombre muy fuerte que le rompió la tráquea, y que había sido violada vaginal y analmente. Además del cuello lesionado y las múltiples desgarraduras por ambos conductos, no se encontró otro signo de violencia. Tampoco se encontraron huellas, ni restos de semen o tejidos.

Identificarla fue fácil y terminó en todo un despliegue mediático. Su padre, un empresario textil de la comuna Vitacura, había invertido gran parte de su capital en llenar la ciudad de carteles con la cara de Martina, en pagar anuncios de “Se busca” en Televisión Nacional y en un investigador privado que llevó el caso por su cuenta, ya que no se podían esperar muchos resultados de la policía, según le dijo a Tomás Medel cuando lo contrató. Esos pacos son todos unos inútiles, po. De modo que, cuando a la niña la encontró un indigente que buscaba un lugar donde cagar, avisó a la policía y le dijo que había visto a Martina Tapia, que si había alguna recompensa. Lo contentaron con pocos pesos, que para él representaban una semana sin preocupaciones sobre con qué comprar pasta base.

Tomás se interesó por el caso. Martina desapareció en la calle Iguazú, una de las más exclusivas de todo Santiago, mientras jugaba con sus amigas luego del colegio. Cuando la entrevistó, todas aseguraron que se esfumó de un momento a otro y que no vieron nada sospechoso. Aunque, ¿qué entendían como sospechoso unas cabritas cuicas como esas?, pensó. Las niñas saltaban la cuerda. Martina se alejó para tomar una bebida y en un momento, no más de cinco segundos en que dejaron de verla, desapareció. La cámara de seguridad que apuntaba a la calle no mostró ningún movimiento extraño, ni a ninguna otra persona en la zona, excepto por Martina que se alejó del grupo hasta un lugar donde la cámara no llegaba.

Pese a la presión de los medios de comunicación, la falta de pistas llevó a la policía a dejar el caso de lado. Por Televisión Nacional se dejó de transmitir la nota diaria sobre el caso de Martina hasta que su muerte cayó en el olvido. No así Tomás, al que le parecía extraño que no se encontraran rastros del asesino o asesinos, y que la desaparición de la niña Martina fuera tan intempestiva. Lo que más le llamaba la atención era que hubiera desaparecido justamente en la



Comuna Vitacura, probablemente el lugar más seguro de todo Chile. Cuando fue a entrevistar a las niñas, pensó que la seguridad del sector era impresionante: cada esquina tenía una cámara de vigilancia, las casas, lujosas y con grandes jardines, tenían cada una su propio sistema de seguridad, que iba desde cámaras internas hasta rejas electrificadas y seguridad láser. No era posible, concluyó, que el asesino llegara a la Calle Iguazú en un carro sin ser detectado, y mucho menos a pie sin generar sospechas. Además, ¿por qué arriesgarse y raptar a una niña cuica de Vitacura y no a una cualquiera del Barrio Brasil o Lastarria? ¿Qué tenía de especial Martina?

Esa noche, Tomás llegó a su casa en la Calle Palestina de la Comuna San Joaquín, donde lo esperaba su esposa. Conoció a Antonia en la Escuela de Investigaciones Policiales cuando ambos cursaban el programa de Investigación Forense. Fueron amigos por varios años y tardaron en darse su primer beso, pero, desde ese momento, supieron que eran el uno para el otro. Luego se fueron a vivir juntos y, pese a los problemas económicos, Tomás la apoyó en su sueño. La presionó para que dejara la policía, donde finalmente recaló, y se dedicara a la literatura. Antonia se dedicó a escribir desde entonces y, aunque en casi dos años no había ganado un peso por su trabajo, ya había publicado cerca de una docena de cuentos en revistas digitales, que para ella constituían un enorme orgullo.

Luego de saludarla, Tomás salió al pequeño jardín y se sentó en la banca metálica a fumar un pucho. Antonia observó, desde la sala a través de la ventana, cómo terminaba un cigarro para continuar el otro. Se preguntó si el trabajo iba mal, si quizá no había suficiente dinero para pagar los servicios o para comer. Se sintió culpable. No era típico en él que se sentara en el jardín, tampoco que fumara tanto. Algo debía ocurrirle. Se hizo a su lado. ¿Qué pasa?, le preguntó. Creo que el papá mató a la niña, respondió sin dejar de mirar el horizonte. Tuvo que hacerlo ese conchetumare. Luego le preguntó por qué creía eso y él, como si intentara conectar de nuevo todas sus ideas para llegar a la misma conclusión, le explicó sus hipótesis. Entonces, ¿qué pensái hacer? No lo sé, po.

Tomás regresó a Vitacura donde el padre de Martina lo recibió con cordialidad. La entrevista fue corta. El empresario le ofreció un vaso de whisky, que rechazó, y lo invitó a sentarse en su sala. Luego de que le agradeciera por todos los esfuerzos que hizo por encontrar al asesino de su hija, cosa que le pareció extraña porque esperaba que lo culpaba por inútil, empezó con una especie de interrogatorio sutil que el hombre no recibió muy bien. Le preguntó dónde estaba él el día en que Martina desapareció, cuál era su relación con ella, si se le conocía algún pololo y si había alguien de la familia que pudiera verla con deseo sexual. Luego le insinuó que el único sospechoso era él. El empresario se bebió su whisky de un sorbo y lo trató de gil. Se enojó, pero nunca perdió los estribos. Tomás creyó que su incomodidad con las preguntas no era normal y que todo apuntaba a que él era el culpable. Debo irme, dijo el padre de Martina. Tengo muchos negocios que atender. Le extendió un cheque con su pago, el doble de lo que habían pactado al inicio, y le sugirió que no perdiera más el tiempo. El caso está cerrado, remató. Un guardia de seguridad acompañó a Tomás hasta la calle y le dijo que no volviera. ¿Ahora qué podía hacer?,



se preguntó y recordó a un compañero suyo, al que habían matado por involucrarse más de lo necesario. Para estos cuicos no existe la ley, pensó. Rechuchatumare.

Por esos días, Antonia leyó en el periódico la noticia de la muerte de Emma Sofía Muñoz, una niña de doce años cuyo cuerpo fue encontrado en el Cerro San Cristóbal. La noticia no abarcaba más de un octavo de página y no daba mucha información. Vivía en la comuna La Pintana, un barrio bajo de Santiago, y desapareció una tarde cuando caminaba hacia su casa después de salir de la escuela. No llevaba polera, bragas ni sostén, pero su falda del uniforme, medias hasta las rodillas y zapatillas marrón estaban intactas. El caso recuerda al de Martina Tapia, hallada en las cercanías del lugar y en las mismas condiciones. ¿Estamos acaso viviendo la aparición de un asesino serial?, remataba la pequeña nota en el periódico. Antonia esperó impaciente el noticiero de Televisión Nacional, cosa que nunca hacía, pero no hubo una sola mención de Emma en toda la transmisión. Tomás intentó entrevistar a algunos residentes de La Pintana. Nadie quiso responderle a un desconocido que bien podía ser un policía encubierto. Se marchó sin información y sin deseos de regresar, pues un anciano le advirtió que podían hacerle algo si seguía preguntando indiscriminadamente.

Cinco días después, se encontró el cuerpo de Florencia Contreras y Emilia Soto en el Cerro San Cristóbal, ambas de catorce años. Televisión Nacional hizo un pequeño reportaje sobre las víctimas. Fueron halladas al mismo tiempo, gracias a unos niños que buscaban una pelota que perdieron mientras jugaban en una explanada cercana. El cuerpo de Florencia estaba fresco, mientras que el de Emilia llevaba ya algunos días de descomposición. Al igual que las otras dos niñas, solo traían la parte baja del uniforme de la escuela sin bragas. El frotis vaginal corroboró que habían sido violadas por ambos conductos con violencia, y la autopsia, que murieron asfixiadas y con la tráquea rota. En la nota del noticiero, apareció la madre de Florencia, una mujer de mediana edad, con el pelo revuelto y ropa andrajosa, que casi no pudo hablar por el llanto incontrolable. Antonia pensó que los periodistas eran unos hijos de puta. No querían reportar las muertes, de lo contrario hubieran esperado a que la señora se calmara, sino que les interesaba el morbo de mostrar a una madre rota por la muerte de su hija. Al final, y como pudo, la mujer contó que Florencia salió de casa a la escuela, que siempre la llevaba su madre pero que, justo ese día, se había quedado en cama por fiebre y la niña tuvo que irse sola. Reportó la desaparición a un hombre del departamento encargado, que le sugirió que esperara un par de días, pues las cabritas a esa edad faltaban a clase por irse con sus pololos. Ella no, remató la madre, ella solo tenía ojos para el estudio. De Emilia se dijo que vivía sola en una casa abandonada en la comuna Lo Espejo.

Antonia recibió la noticia como si las muertas fueran sus propias hijas. Se tiró boca abajo sobre la cama y lloró como un cacuy hasta que se quedó dormida. ¿Y si le ocurría eso a alguna de sus hijas cuando las tuviera? ¿O a su hermanita, Fernanda, cuando saliera del colegio? Se imaginó el miedo de las niñas al estar desnudas ante un hombre, quizá por primera vez, que les desgarraba la camiseta y las bragas para penetrarlas con violencia. El dolor y el desespero debían ser



insufribles, pensó. Ay, y el conchetumare las estrangulaba con tanta fuerza que primero les rompía la tráquea y después las asfixiaba hasta la muerte. ¿Qué haría ella en esa situación? Pelearía, se resistiría sin duda, pero no podría hacer nada ante una monstruo como ese. Una cabrita como ellas, que apenas estaba aprendiendo a vivir, no podía hacer más que llorar y observar resignada cómo la destruían.

Cuando despertó, sintió la seguridad de que debía hacer algo al respecto y que no podía contar con Tomás. Lo haría a su modo. Lavó su cara, se puso unos tenis negros y se dirigió al Cerro San Cristóbal con un cuchillo en el bolso. Llegó a la explanada en la que jugaban los niños y buscó alrededor alguna pista, una huella que le indicara qué camino seguir. A un lado vio las esclareas que llevaban al Santuario de la Inmaculada Concepción, la colosal estatua de la Virgen con las manos abiertas en todo lo alto del Cerro. Pensó que era increíble que tantas muertas se encontraran cerca de un sitio así de turístico. Al otro lado, encontró un incipiente camino de tierra que llevaba a la espalda de la montaña y que supo era muy poco concurrido. Aunque no lo mencionaron, ni en el periódico, ni en Televisión Nacional, sintió un punzón en el pecho que le indicó que por allí habían encontrado los cuerpos de Florencia y Emilia. Miró alrededor y se aseguró de que nadie la observara antes de adentrarse al frondoso bosque. Se internó hasta que perdió de vista a la ciudad. El calor de primavera se disipó y un frío húmedo le caló por los huesos. Apuró el paso porque no quería que le agarrara la noche en medio de árboles tan grandes que le recordaban a los edificios citadinos. El camino de tierra se acabó y Antonia supo que tendría que seguir por su cuenta. Le preocupó perderse en el regreso, pues, fuera de la trocha, todo alrededor le pareció un laberinto de espejos en el que todos los reflejos eran iguales. A lo lejos, muy a lo lejos, sin embargo, le pareció ver la puerta de una cabaña que se asomaba entre los árboles.

Esquivó las gruesas raíces, el musgo liso y la vegetación que le llegaba a las rodillas, hasta que se hizo de noche. Alumbró el camino con la linterna de su teléfono, del que se percató que no tenía señal, y continuó hasta la cabaña a la que se acercaba a paso de tortuga. Finalmente la vio. Bajo la luz de la luna, la estructura de madera vieja era intimidante. Las ventanas estaban cubiertas con un plástico negro y cartón, y las cortas escaleras que llevaban a la puerta principal, rotas. Era una casa pequeña y supuso que llevaba abandonada por lo menos sesenta años. La entrada estaba sellada con láminas de madera que alguien había quebrado para poder entrar. Antonia subió las escaleras de la cabaña, con sumo cuidado de no caer en un hueco, e iluminó con el teléfono la casa por dentro. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando vio los escombros del lugar, llenos de polvo y grafitis en las paredes, con mensajes en idiomas que no entendía o con palabras que le eran desconocidas. Como pudo, entró al lugar oscuro, oscuro de verdad, del que solo veía lo que le mostraba la linterna. ¿Qué onda estoy haciendo acá?, pensó y por un momento quiso regresar. Se adentró más en la oscuridad. Todas las paredes estaban rayadas. Una botella de Coca-Cola con un líquido amarillento le llamó la atención. Estaba en una esquina, junto a cuatro



muñecas, a las que le habían quitado la camiseta y dejado tiradas, boca arriba y con las piernas abiertas. Fetichista culiao, dijo en voz alta.

Escuchó algunos pasos a su espalda. Eran pasos débiles, como de un animal muy pequeño, liviano, que corre de un lado a otro. Por un momento se mantuvo quieta, como si así evitara que la encontraran, como si la luz de la linterna no indicara que ella estaba ahí. Giró despacio y apuntó con el celular hacia atrás. Sus manos temblaban, tanto por el miedo como por el frío intenso que le llegó de repente. Iluminó todo el espacio, con cierta rapidez, para saber a qué se enfrentaba. Oscuridad. Me lo debí imaginar. Es de noche y tengo los sentidos predispuestos. Quiso llamar a la policía y contarles de su hallazgo, salir de allí de inmediato, decirles que el lugar no le daba buenas vibras, algo había ocurrido en esa cabaña, eso era seguro, algo que no estaba dispuesta a afrontar a esas horas de la noche y menos ella sola. La risa de una niña la sacó de sus reflexiones. Luego la risa de otra y la figura de una chiquilla que corría frente suyo, y que no se dejaba ver, como si hubiera salido de la escuela a hacer una travesura. Hey, tú, ven acá. Su voz retumbó en las paredes y un eco que le espeluznó recorrió el lugar. La puta que te parió. Conchetumare. Supo, a pesar de que le temblaba todo el cuerpo y el corazón le pedía a golpes que saliera corriendo de allí, que ya era tarde, que debía cumplir su propósito. Niña, volvió a gritar y la misma figura, u otra parecida, pasó corriendo por sus ojos. La siguió hasta un pequeño cuarto que olía a sangre y semen. Iluminó la esquina y la vio. Estaba de espaldas, en cuclillas, con el torso desnudo y la falda de la escuela puesta. Parecía que contaba. Se acercó a ella. Sí. Estaba contando y se reía en silencio. Niña. Le tocó el hombro. Niña, ¿qué haces acá? La niña giró. Antonia la reconoció. Quedó muda y palideció cuando vio el rostro de Martina Tapia, con el cuello desencajado y la cabeza ladeada hacia un lado. Shhh, estamos jugando, dijo Martina. ¿Las has visto? Jugamos a las escondidas. Su voz era ahogada, como si hablara bajo las frazadas o dentro de un balde vacío. ¿Quiénes están jugando?, preguntó Antonia cuando se repuso de la primera impresión. Florencia, Emma y mi mejor amiga de todo el mundo, Emilia. ¿Dónde están ellas?. No lo sé, po. Ese es el juego, se rio.

Antonia regresó al salón principal y por un rato observó cómo las niñas, la mayor parte del tiempo solo figuras oscuras, corrían de un lado para el otro y jugaban. El miedo se disipó y pensó en aquello. ¿Acaso seguía durmiendo en su cama luego de ver el reportaje de Televisión Nacional? Los sueños no son tan vívidos, se dijo. Debo estar chiflada para considerar que esto sea un sueño. Emma se acercó a ella. Señora, ¿qué está haciendo acá? Antonia se agachó y la miró a los ojos. Tenía el torso desnudo y la cabeza ladeada. Vine a visitarlas. ¡Jum! Nadie nunca nos visita, e hizo un puchero. Las otras niñas se acercaron a Antonia mientras reían y jugaban entre ellas. La rodearon con curiosidad. Conoció a Emilia y a Florencia, cuyo rostro no mostraron ni en la prensa ni en televisión. Antonia se presentó, les dijo que venía a ayudarlas, a acompañarlas. Ellas se rieron sin decir nada. Al final les hizo la pregunta que quería hacer desde un inicio: ¿quién les hizo esto? Un silencio espectral, nunca mejor dicho, llegó al recinto, como una ráfaga de aire que



congela las extremidades. Las niñas se miraron y luego miraron a Martina, que bajó la cabeza y respondió en un susurro: papi.

Antonia regresó a su casa, donde la esperaba Tomás. No le dijo nada, ni dónde estuvo, a pesar de la insistencia de su esposo. Salió a fumar al jardín, aunque no fumaba, y miró hacia el Cerro San Cristóbal. Concluyó que no podía hacer nada contra ese cuico conchesumadre. Tenía demasiado dinero y poder.

Antonia las visitó una vez a la semana. Les llevaba dulces. Jugaba con ellas. Hablaban.

Cada vez eran más niñas.

Una tarde no las encontró. Cuando regresó a su casa, Tomás le dio la noticia de que el empresario había muerto. ¿Cómo?, preguntó. Parece que lo mataron.



LAS CASTIGADORAS

GEORGINA MEXÍA-AMADOR

I. Idolatría

El horror empezó cuando el murciélago entró en la capilla. Revoloteaba inquieto, ávido de penumbra. Para las monjas fue un mal presagio. Tres días después de su llegada, la tierra se cimbró en la víspera de San Bernardino de Siena de aquel 1551. Las religiosas despertaron alarmadas y saltaron de sus lechos. Corrieron a la huerta y descubrieron que una gran columna de ceniza manaba incesante de la garganta del volcán al que los naturales llamaban “montaña que humea”, Popocatepetl.

Al contemplar el desastre, la madre Ignacia temió que Dios descargara su ira sobre ella. Lo imaginó implacable, olfateando su blasfemia, pues lo desobedeció con uno de los pecados más graves. Nunca se delató ante su confesor porque sabía que era imperdonable y, en cambio, prefirió cargar con él desde que reemplazó el convento de madera por el de piedra. No debió unirse a los cánticos y a los sacrificios que dedicaban los indios a la montaña solitaria del valle, señora de la lluvia, pero si no lo hacía, su convento sucumbiría a la tormenta y al granizo. Debía salvar su misión y su rebaño. Ahora sabía que ni toda la sangre derramada ni las flagelaciones de las que fuera capaz podrían limpiar la abominación que cometió en secreto.

Traicionó a quienes la escogieron. Mejor dicho, a quienes la arrojaron a esas tierras de sequía y granizo con sus tres monjas temerosas e incautas. Su empresa consistía en arrancar los antiguos ritos paganos de los tlaxcaltecas con la palabra de Cristo, sin importar que hubiesen sido aliados de los castellanos en su guerra contra los mexicas.

A la ceniza del volcán le seguirían el fuego, la lava y el mundo ardería en llamas. La madre Ignacia temió que tanto horror fuera su culpa. El demonio escogió la más repugnante de sus formas para castigarla y profanar el altar con su ácido excremento negro: murciélago, mosca del infierno.

Hacia la hora tercia de aquel nefasto día el cielo se oscureció, como una tormenta de arena negra. El viento arrastraba la ceniza hacia el oriente y caía infinita sobre los campos



de maíz, los ríos y las ruinas de los antiguos templos. Un ardor persistente abrasaba los ojos, la garganta.

La madre Ignacia recordó su llegada a la capital del reino quince años atrás. En otro tiempo fue la sede imperial de los mexicas. Maravillada, comprobó que las leyendas eran ciertas, pues se trataba de una villa más grande que Córdoba y Granada. La ciudad flotaba en medio del lago más gigantesco y azul que había visto jamás, erigida sobre las ruinas del imperio vencido y sus ídolos de piedra. Ya no olía a sangre, a humo, a cascabeles rotos. Hacía mucho tiempo que los gritos de guerra y los relinchos de caballos agonizaron en las montañas del poniente. Las primeras cruces se erguían bajo el sol, talladas en los escombros por las manos de los vencidos.

Era necesario esparcir la palabra de Dios como semilla bendita. A eso vino Ignacia desde su natal España y por ello deseaba con fervor enclaustrarse en el primer convento de la nueva ciudad. Pero en sus pesadillas se vio en una tierra ignota, al otro lado de los volcanes: el señorío que jamás se dejó dominar por los mexicas. Hacia allá la enviaron los Doce Frailes Franciscanos y los traicionó con el peor de los pecados. Decía el Éxodo:

No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni servidlos; porque yo, Jehová, tu Dios, soy Dios celoso...

La madre Ignacia debía hacer algo para aplacar la furia divina. A la hora sexta, cuando el sol estaba en el cenit, reunió a sus religiosas en la capilla bajo aquella noche prematura. Sabía que no merecía la absolución, pero obligaría a su rebaño a purgar con ella su castigo: «Recemos, ayunemos y castigemos nuestros cuerpos malditos.» Hizo que sor Manuela, sor Ángela y sor María se arrodillaran con la piel desnuda sobre las piedras. Se perforaron la carne con las espinas de esa planta endemoniada que los naturales llamaban maguey.

Nunca debió escuchar a la anciana de la falda de jade; rondó por el convento varias noches hasta que un día apareció en la puerta sin avisar. Parecía conocer todas sus dificultades. Sabía que Ignacia necesitaba salvar su pequeño convento, pues las tormentas eran terribles en la cima del monte sagrado donde lo erigió. Los vientos pronto destrozaron las vigas del techo. La anciana le dijo que las piedras de basalto de los antiguos templos y palacios que aún estaban en pie eran más resistentes. Pero le advirtió que si deseaba utilizarlas debía ofrecer un sacrificio.

La madre Ignacia accedió, desesperada. Subió con la anciana de la falda de jade y con los sacerdotes de la antigua fe a lo alto de la montaña solitaria, señora de la lluvia, que llamaban en la lengua náhuatl Matlalcuéitl. Entre sus salientes rocosas, cantó las diabólicas melodías de los indios y danzó con ellos al son de sus tambores de madera. Se regocijó



con la sangre derramada de los niños sacrificados en ollas de barro, mientras el copal palpitaba en el sahumerio. Todo fuera para erigir su convento con aquellas piedras y protegerlo de las tormentas en lo alto del monte sagrado. Desde entonces imploró que los frailes no lo supieran jamás. Pero ahora el cielo ardía y la tierra temblaba por lo que había hecho. De Dios no se podía escapar.

II. Vanidad

Al convento llegaban los gritos desesperados de los indios: «¡Hay fuego en la montaña! ¡Está echando la lumbre!» Era la hora de las vísperas. Caía el crepúsculo de aquel primer día fatal.

Sor Manuela rezaba con las rodillas ensangrentadas. Si la hubieran escogido a ella como priora del convento nada de esto estaría pasando. Sintió envidia y celos cuando los Doce Frailes Franciscanos eligieron a sor Ignacia, una monja más joven recién desembarcada en la Nueva España. Sor Manuela acumuló rencor, pues ella sí tenía amplios conocimientos de la tierra, de los indios y sus frutos extraños, al contrario de esa advenediza inexperta.

Como ignorante que era de las ideas de los naturales, la espuria Ignacia mandó levantar el nuevo convento con las ruinas de los templos y palacios tlaxcaltecas, en la cima del monte sagrado. Sor Manuela se opuso a tal abominación, pues conocía el poder de aquellas piedras, pero su enemiga no la escuchó. «No sabes lo que he sacrificado», le dijo la madre Ignacia. En su convivencia con los nativos, sor Manuela aprendió a sentir temor y reverencia hacia las deidades que les enviaban tormenta y granizo, de la misma forma en que temía al Dios cristiano. Sabía que fuerzas intangibles regían los ríos, las cascadas y que Matlalcuéitl, la solitaria montaña que dominaba el valle, era la señora del agua y la lluvia.

La única que compartía con ella esa ignota sabiduría era la mujer de la falda de jade. Desde la primera vez que cruzaron miradas, a sor Manuela le pareció sumergirse en un sitio acuático, profundo. Era una anciana silenciosa, con un tocado de trenzas grises que coronaba su frente. Después de la enfermedad de sor María, se apiadó de ellas y comenzó a llevarles agua al convento en perfumados cántaros de barro para que no murieran de sed. Era un agua deliciosa, cristalina.

Sor Manuela siente la garganta seca de tanto elevar sus plegarias. Desearía no tener que obedecer a la madre Ignacia en esta penitencia, pero sabe que, por su vanidad, todas están recibiendo este castigo. Es la ley divina: siempre pagarán justos por pecadores. Cuánto ansía un trago del agua que les llevaba la anciana de la falda de jade. Ahora que lo piensa,



le resulta extraño que pocos días antes de la llegada del murciélago y del fuego del volcán nadie la hubiera visto.

III. Lujuria

Llegó la noche. La ceniza no dejaba de caer sobre la tierra, cual lluvia enferma. Sor Ángela, la más joven del rebaño, luchaba por concentrarse en la oración, no solamente por el dolor de las heridas, sino por los recuerdos. Todo comenzó el día en que la mujer de la falda de jade la llevó a la cueva bajo el monte sagrado donde habían erigido el convento. Ahí nació el manantial de donde ella recogía el agua en sus cántaros.

La anciana era dulce, maternal. La llevó a la cueva porque sor María, la religiosa más vieja, había enfermado. «Ven, mi querida niña, esta agüita sagrada va a curarla, llévasela», y sor Ángela la siguió descalza entre la fronda del bosque, las nopaleras y las efímeras florecillas violetas que brotaban con las lluvias.

Sor María sanó y se aficionó tanto al agua del manantial que terminó por convencer a las demás de tomarla. Quizá no debieron hacerlo. Quizá la misma sor Ángela tampoco debió seguir a la anciana a través del bosque. Se culpó de aceptar la hermosa cuenta de jade que ésta le obsequió tras arrullar en su pecho al murciélago de basalto, señor de la cueva, como hiciera con la figura del Niño Dios. «Dale tu pecho, querida niña, y no les faltará nunca el agua». En la cueva, el murciélago bebió de los pechos virginales de sor Ángela, mientras la observaba con sus pupilas rojas.

Por su culpa, por su culpa, por su gran culpa. La madre Ignacia la miraba con recelo desde entonces. Sospechaba que sor Ángela se entregaba a la concupiscencia, pero no sabía cómo sorprenderla. No se equivocaba: la joven monja arrullaba a los dioses entre sus brazos y les ofrecía su carne. Solía gemir de placer cuando el Niño Dios jugaba con sus pezones al amamantarlo, encerrada en su celda. Mas nadie debía saber jamás que en la cueva hizo lo mismo con el murciélago, y que tenía impresos sus colmillos en sus senos.

Angustiada, sor Ángela sabe que el volcán expulsa fuego y ceniza por su culpa. Escucha revolotear al murciélago en la capilla mientras reza: sabe que ha venido por ella para seguir mordiéndola.

IV. El quinto mandamiento

Tres días más transcurrieron bajo el cielo negro. El murciélago las enloquecía con su batir de alas contra las paredes desnudas de la capilla. A la medianoche del cuarto día la tierra se cimbró con más fuerza. Un resplandor rojizo devoraba las estrellas. La ceniza ardía en



las heridas que las monjas se hicieron con las espinas de maguey. Las negras heces del murciélago y la sangre sacrificial cubrían las piedras del suelo. De nada servían los rezos ni el ayuno.

Hartas de suplicar con la garganta incendiada, la madre Ignacia, sor Manuela y sor Ángeles se miraron entre sí con recelo. «Conozco tu ignominia, tu lujuria. Yo sé de tu idolatría, maldita hereje. Si yo fuera la priora viviríamos en paz».

Ninguna estaba dispuesta a seguir con el sacrificio, menos aún a confesar sus respectivos pecados. Entonces observaron a Sor María, cuyo rostro arrugado reflejaba la beatitud de corazón de las vírgenes. Era la única que no tenía cuentas que rendir a Dios o al Diablo. Nada perturbaba su sueño, no cargaba con abominación alguna en sus entrañas, y si en ese momento sonaran las trompetas del Juicio Final, su alma viajaría ligera y diáfana hacia la Gloria.

Sor Ángela la miró con furor en los ojos y lanzó el primer ataque:

—Vos siempre tan santa, sor María. Cuando se enfermó hicimos todo lo posible por salvarla y por vuestra culpa bebimos la maldita agua de los paganos.

La madre Ignacia avanzó amenazante hacia la monja anciana:

—Quién sabe con qué artes infernales la dominó esa vieja india, pero pagará este castigo divino.

—¡Nos obligó a pecar! —gritó sor Manuela—. Nos convenció de tomar esa agua y por su culpa desobedecimos a Dios.

Entre las tres acorralaron a la frágil sor María, que las miraba con asombro y espanto. Sor Ángela sujetó un crucifijo de madera del altar y le asestó un primer golpe en la cabeza. La sangre caliente escurrió por sus puños y salpicó las paredes, los hábitos pardos manchados con los fluidos de su penitencia inútil. La madre Ignacia le arrebató la cruz a sor Ángela y continuó golpeando a sor María hasta matarla.

Enardecida e inspirada por el odio, sor Manuela empujó a la madre Ignacia y la tumbó de espaldas contra el suelo de piedra. Se lanzó a atacarla. Por fin descargaba el rencor acumulado durante años. Ambas gritaban de furia; se jaloneaban los hábitos e intercambiaban puñetazos. Sor Ángela las contemplaba con el rostro sonriente salpicado de sangre, hasta que se unió a la tortura. Tomó el crucifijo, que había quedado olvidado en el suelo, y golpeó a la madre Ignacia. Con su rival debilitada, Sor Manuela enredó el cordón de su hábito al cuello de Ignacia, la priora espuria, y lo apretó hasta estrangularla.

Sor Manuela y sor Ángela jadeaban excitadas por la ira y la culpa. Pero se temieron. No podían ser cómplices de lo sucedido, pues una de las dos terminaría delatando a la otra. Sor Manuela fue más hábil, pues rápidamente sujetó de los hábitos a sor Ángela para



que no escapara, y ésta aprovechó el jaloneo para incrustar sus pulgares en los ojos de su enemiga y apretarlos, apretarlos, apretarlos...

El amanecer del quinto día sorprendió al murciélago dormitando de cabeza, con las garras clavadas en una de las vigas del techo de la capilla. Debajo de él, las moscas zumbaban en torno a los cadáveres de las cuatro religiosas, y buscaban dónde depositar sus larvas amarillas.

El volcán Popocatepetl se tranquilizó esa misma mañana, día de San Gregorio. La ceniza se dispersó con los vientos y poco a poco asomó el azul intenso del cielo. Los naturales sabían que así ocurría cada cierto tiempo: el volcán despertaba iracundo durante algunos días, pero con maíz, comida y cantos volvía a dormir.

Aquel año del Señor, la ceniza fertilizó los campos. Cuando fue tiempo de cosecha, los indios del valle le ofrendaron al Popocatepetl las primeras mazorcas. Con las lluvias brotaron frutos en abundancia y los tlaxcaltecas agradecieron a Matlalcuétl, la mujer de la falda de jade, señora de las lluvias, la montaña solitaria. Como bien sabían, a veces bajaba a la tierra desde su cima coronada de nubes-culebras y llevaba el agua en perfumados cántaros de barro.



INSOMNIO

J. J. MASON

Susana no supo la hora exacta en la que los crujidos del techo la despertaron. La oscuridad, y su incapacidad para asomar la cabeza fuera de las cobijas, le impedían ver las manecillas del reloj de pared que colgaba frente a su cama. Trataba de pensar en algo diferente, pero la voz de Paco, lo que le dijo esa mañana en la fila de las tortillas, se negaba a irse de su cabeza:

—Dice mi amá que regresa al pueblo cada dos años, en estas fechas, pa llevarse a siete mujeres; y que únicamente sus víctimas pueden verlo: niñas y vírgenes.

Tampoco podía dejar de pensar en Lilí ni en Laura, las gemelas de las que no se sabía nada desde el lunes, ni en Toñita, la hija de doña Cleo, la comadre de su mamá y con quien ella llegó a jugar a las atrapaditas en los claustros de la iglesia cuando iba al catecismo; desaparecida desde el martes.

Los sonidos fueron leves de inicio, como los que haría un roedor o una lagartija grande. Susana fingió no escucharlos. Trató de sacudirse el miedo dando una, dos, tres vueltas sobre la cama abrazada a su almohada favorita. Pero el miedo no solo no se fue; se incrementó con el crujir de las vigas y con el polvo que cayó del techo y que formó un velo opaco y picoso. Quiso permanecer en silencio. No pudo.

El grito que dio hizo que los crujidos se intensificaran. Algo en el techo corrió de un lado al otro. Pasó del extremo de la puerta de la habitación al extremo del balcón con seis golpes de pezuña. Para cuando las zancadas cesaron vio una sombra en el ventanal de su cuarto, y escuchó un tintineo bajo su cama acompañado de un quejido proveniente de la esquina donde se hallaba el ropero. Susana trató de recordar las oraciones del catecismo, ninguna llegó a su mente. No le quedó más que enterrarse en las cobijas aferrada a su almohada, y permanecer quieta.

Aquello descendió del techo a la terraza. Susana sintió ganas de orinar al ver por entre las cobijas que el tamaño de la sombra se duplicaba.

—Papá... mamá... —masculló con una voz que sus padres no habrían oído, aunque estuviesen acostados junto a ella y siguió mirando:



Una de las cuatro zarpas del visitante tomó la manija del ventanal y lo recorrió lentamente. Luego hubo dos zancadas que hicieron vibrar el piso del cuarto y un hedor a podrido inundó la habitación. La luz que se filtraba por las cortinas permitía divisar un par de patas peludas, como de mula, y los cascos que las anclaban al piso. Así como dos extremidades medias, gruesas y muy cortas en comparación con las superiores. De una de ellas, Susana notó que colgaba un costal lo bastante grande para meter en él a una jovencita de su edad. La criatura avanzó hasta su cama y posó en las cobijas una de las zarpas.

—¿Por qué huele tan feo? —se escuchó decir desde el rincón más oscuro del cuarto, seguido de un—: ¡shiiiiis, te va a oír! —entonado en dos voces que empataron ritmo y tono.

Susana no se movió. La criatura, en cambio, dejó de acariciar las cobijas.

—Ves, ya te oyó —la voz volvió a escucharse. Susana hizo una abertura entre las sábanas y vio cómo la criatura giraba hacia el rincón y extendía las zarpas hacia las ropas de la silla, y cómo se erguía hasta topar contra el techo mientras sus cascos rascaban el concreto. Luego la vio inclinar la cabeza hacia allá; apuntar con el par de cuernos que tenía en la frente, listos para embestir. Entonces Susana dio la orden: golpeó el colchón, acto seguido, una cadena y un grueso candado salieron de debajo de la cama y se aferraron a una de las pezuñas. La bestia agachó la mirada para ver a dos pares de manos, pequeñas y hábiles, ahora atenazarle con similares herramientas la otra pata.

—¡Ya! —Susana gritó; hizo que la torre de ropa se desplomara y que de detrás salieran tres sombras. Cada una empuñaba un palo con punta afilada. El animal quiso arremeter, pero los amarres se lo impidieron.

Tal cual Susana lo había indicado en los entrenamientos, el primer estacazo estuvo a cargo de Ramona, la mayor de sus hermanas. Lo asentó en el cuarto trasero derecho del animal cuando éste se agachó a tirar de las cadenas. La bestia bramó, y lo hizo de nuevo al ver que otro palo se clavaba en el costado de su bajo vientre. Por entre las cobijas, Susana veía a la criatura alternar la vista entre las dos mujercitas frente a él, desorientado, furioso. También veía cómo Raquel y Lucía empujaban las estacas con vigor mientras Ramona preparaba otro ataque; uno que no llegó, pues el animal extendió una de sus zarpas con tal velocidad que atrapó el brazo de Ramona y la levantó en un parpadeo.

—¡Déjala! —Susana arrojó las cobijas y se puso de pie a medio colchón con la almohada entre los brazos—. ¡Que la dejes! —la bestia volteó. Mugió al ver el cuchillo delgado y curvo que Susana sacaba de entre la almohada, y hubiera mugido otra vez, de no ser porque el corte que le propició Susana le atravesó pelos, cuero y gañote.

La bestia soltó a Ramona y se llevó las zarpas largas al cuello mientras movía las cortas con desesperación, como pidiendo auxilio. Un gorgoreo le salió por quejido y, cuando



quiso correr, se fue de hocico contra el suelo—. ¡Ya, ya! —ordenó Susana y dos niñas, Jimena y Clarita, las más pequeñas del grupo, salieron de debajo de la cama. Con cadenas lazaron las extremidades superiores de la bestia mientras ésta rodaba y se quejaba. Ramona se puso de pie y caminó hacia el ropero. De ahí sacó otra carga de estacas, más gruesas y con una punta más larga. Las puso en manos de Lucía y de Raquel, que aguardaron por la orden. Susana la dio:

Las cuatro mujercitas estacaron al visitante hasta que dejó de moverse. Ramona se encargó de la cara de la criatura. Le hizo estallar los ojos. Le abrió aún más las ya de por sí enormes fosas nasales y le destrozó dientes y lengua. Raquel y Lucía dieron cuenta del torso. A veces los palos, cuando entraban hondo, se atoraban con los huesos o con alguna parte fibrosa. Ellas lo resolvían como lo habían hecho con los otros: recargando todo su peso en la estaca, dando leves giritos al palo, haciendo palanca y tirando hacia atrás con fuerza. Su técnica no fallaba. De los genitales se encargó Susana. Era la única que tenía el estómago para cortar aquello y luego meterlo a los frascos. Clarita y Jimena, además de estar pendiente de los amarres, picoteaban con curiosidad las patas; se acostumbraban de a poco a esa sensación de hundir cuchillos y palos en cuero, pelo y carne.

—Este olía muy feo —volvió a quejarse Raquel mientras se limpiaba la sangre de la frente. Susana le agitó el cabello y sonrió.

—Por tu culpa casi nos cacha —reclamó Ramona, quien se dejó caer al piso—. ¿Y ahora qué sigue? —agregó mirando a su hermana.

Susana enroscó la tapa del frasco, lo dejó sobre la cama y caminó hacia el calendario de pared.

—Falta una semana para que venga Santa.

—¡Santa! —dijeron al tiempo Clarita y Jimena con mueca de gusto.

—Sí, Santa —Susana arrugó la nariz y se talló la barbilla—. No sé ustedes, pero a mí me gustaría hacerle unas preguntas sobre los regalos del año pasado. No me trajo lo que le pedí. ¡Y me porté bien!

—¿Qué quieres que hagamos? —fue Ramona quien preguntó. Todas se pusieron de pie.

—Empieza a hacer más estacas; y ustedes... —miró a Clarita y a Jimena—. Consigan más cadenas y candados, muchos más, porque el gordo de Santa no viaja solo.



DEL LADO DE LA VENTANA

JEANNETTE REALPE CASTILLO

Cuando la sintió, ella miraba por la ventana del bus con la cabeza apoyada en el vidrio.

Era cálida y húmeda al tacto. Y se movía.

Reptaba despacio, como si de pulsar las teclas de un piano se tratara. Sus tentáculos, o sus cilios tal vez, latigueaban en el intersticio de sus muslos al compás de una canción inexistente.

«Hay una babosa entre mis piernas», pensó. Pero las babosas no son robustas ni contundentes.

Al principio no quiso mirar su regazo. La falda lo cubría todo. Era plisada, de cuadros azules y grises y la llevaba por debajo de la rodilla, como mandaban las monjas.

Nada puede meterse entre las piernas de una señorita mientras su falda se mantenga por debajo de la rodilla.

«¿Y si se tratara de una criatura que se desprendió de mí?»

«¡Qué cosas piensas!»

«Tú te bañas todos los días, tú te lavas, tú te aseas con jabón. Tú te enjuagas. Tú te oreas la ingle con la toalla para que se escurra bonito, antes de ponerte la ropa».

«Nada con cilios ni flagelos ni tentáculos del grosor de una salchicha podría salir de tu vagina».

«No seas shunsha».

Marín-El-Inca-La-Luz-Kennedy, aquel era el nombre de la ruta que la llevaba a su casa del colegio y del colegio a su casa todos los días.

Con su cabecita que tronaba toc, toc, toc, apoyada en el vidrio, miraba el paisaje en movimiento, truncado, cada tanto, por el tráfico de Quito.

Alguien le había advertido una vez: «nunca te sientes del lado de la ventana».

Ese alguien era, con toda probabilidad, su madre.

Su papá le había dicho, en cambio, «siéntate en la mitad del bus porque, si choca y estás adelante, saldrás disparada por el parabrisas y morirás. Y si te sientas atrás, el latigazo del impacto será mucho más fuerte y morirás, también, por los golpes».



A los hombres les gusta explicarnos esas cosas.

Como siempre, ella escuchó a su padre, pero no a su madre, y se sentó en el puesto de la ventana en mitad del bus, sin nadie a su lado.

Sin embargo, nunca le hablaron de especímenes cálidos y húmedos que reptaban entre las piernas de las chicas.

La criatura se quedaba quietecita cuando advertía que la dueña de los muslos desviaba su vista de las calles hacia sus faldas. Ella quería ver qué había debajo, pero titubeó. Aquella cosa se movía, aunque no avanzaba. Apenas convulsionaba en su propio terreno, y la embadurnaba con ese calor de sauna pegado en su piel. No había quemazón ni escozor, solo transpiración.

Destilaba un limo que no era viscoso, pero se pegaba a su tacto cada que uno de sus apéndices se desprendía apenas. ¿O eran tentáculos? ¿O eran cilios? ¿O eran flagelos?

Si levantara su falda, la gente lo notaría. Y ella no podía permitir que nadie la creyera una desvergonzada, una exhibicionista.

Deseaba pillarla in fraganti, aunque su mano temblara al deslizarse bajo la tela y se escabullera, tambaleante, hasta encontrar a la criatura y descubriera que está hecha de hueso, hecha de uñas, hecha de pelos en los dedos gordos, sudados y ardientes que estrujaban su pospierna con desesperación como si fuera un moflete de musculatura, piel y vello.

Su mano encontró otra mano.

Ella recorrió mentalmente el apéndice que asía su muslo para develar a qué organismo-madre se hallaba pegado. Descubrió lo que se parecía a un brazo, un brazo que llevaba un reloj de correa marrón de luna convexa, bisel blanco y manillas negras, sin números, solo a rayas, algo así como para adivinar la hora.

Al brazo medio peludo lo cubría una camisa blanca, arremangada apenas. Junto a ella y arriba, había un hombro grueso, separado del otro por un cuello que alguna vez había sido claro, pero que estaba encarnado y con manchas hepáticas del color del café con crema.

Sobre ese cuello había una cabeza, entre la que resaltaban unos ojos diminutos, verdes como el agua sucia de los charcos en los que prosperan los güillis-güillis y enrojecidos en los contornos, descomunales por la anchura desmedida de los cristales de anteojos de marco sepia que los cubrían.

Una calva coronaba su cabeza, interrumpida por escasos pelos humedecidos de agua o sudor que peinaban una frente que deslumbraba por el sebo.



Los ojos de ella colisionaron, por un instante, con los de él, solo para que su vista se disparase hacia la ventana de nuevo. La mano continuaba tecleando su muslo, ahora más húmeda, más calurosa que minutos antes.

Ella no sabía si levantarse, si quejarse, si hacerse a un lado. No sabía si chirlear la cara del hombre a la que esa mano estaba pegada.

Él la miró boquiabierto. Ella vaciló. «Si me levanto y salgo corriendo, todos se darán cuenta».

No quería que nadie se diera cuenta. Nunca supo por qué.

Esperó. La ruta era larga. Quedaban cinco paradas hasta llegar a las cercanías de su casa. El bus se detenía en el semáforo de cada esquina. Ella hubiera querido bajarse en cada uno.

No podía.

Ya faltaban dos estaciones para llegar a casa. El bus se había vaciado a medias. El tráfico no aguantaba, ella no aguantaba.

Tenía que bajar.

Se levantó de un tirón y, en consecuencia, los tentáculos-babosa-cilios-flagelos-dedos de la mano resbalaron por el asiento.

Ella empujó con sus rodillas a las rodillas de aquel hombre-mano sentado a su lado, con pantalón de terno verdoso y calzado de vestir. Lo pisoteó apenas, mientras salía corriendo de allí.

Olvidó el dinero del pasaje. Tuvo que sacarlo del bolsillo pequeño de su mochila, al tiempo que se dirigía a la puerta del bus. Pagó con un billete y se olvidó de pedir el vuelto.

Saltó a la avenida casi al vuelo y lo primero que hizo fue caminar unos cuantos pasos y voltear, solo para descubrir que el hombre-mano bajaba tras ella.

Quiso perderse entre los vendedores ambulantes y los puestos de ropa o zapatos o comida, y caminar entre ellos hasta recuperar el aliento, la compostura.

Pero no pudo: ni perderse, ni respirar con tranquilidad.

Con sus ojitos enanos de sapo, verdosos y exacerbados por el cristal de botella de sus lentes, el hombre-mano la miraba a cinco zancadas de distancia, con lengua afuera, sorbiéndose los labios de una sed que sus muslos habían dejado saciada a medias.

Ella no corría. Eso habría dado de qué hablar. Caminó con más velocidad de la acostumbrada y se detuvo en el cruce peatonal. Los carros se apelmazaban en la avenida, uno detrás de otro, como un sándwich de metal, caos y smog.

La carreada se detuvo un instante y ella avanzó a cruzar hasta la mitad de la calle de asfalto ardiente en mediodía. Ya en el parterre, volteó por un instante.



Él la miraba desde la acera, agarrándose los huevos con las piernas abiertas en A. Lo difuminaban apenas los carros, los comerciantes, los transeúntes.

Ella devolvió la vista hacia el semáforo en la vía opuesta, eternizado en verde. De tanto contar los segundos que restaban para que se pusiera en rojo, no se percató de que aquella mano pegada a un hombre, esa mano con dedos cálidos y húmedos del grosor de una salchicha, había sorteado ya la avenida de asfalto humeante de hollín y brea pulverizada, y trepaba por su muslo, cubierto apenas por los pliegues de su falda, hasta asirse a su cintura, para quemarla como lo haría un café caliente regado en su blusa blanca de uniforme.

El chirrido de los frenos y los cláxones le indicaban que el río de automóviles y buses y taxis y camionetas que circulaban por la calle se había detenido, por fin, para dejarla cruzar.

Aunque ya no sirviera para nada.



EL HAMBRE

DILSIA ZOSKIA

Sus tripas parecían tener vida propia, con el sonido chirriante y la acidez caliente esparciéndose por todo su tracto digestivo. Se sentía pastoso, con la lengua seca. Abrió los ojos más por fuerza que de ganas, mirando el techo de su casa de cartón. Claro, si es que pudiera llamársele casa a la madriguera improvisada construida con desechos del Bordo de Xochiaca. Manuel apenas recordaba otro mundo más allá de esas murallas de basura que conformaban su estrecho mundo.

La mosca verde, enorme y peluda que lo visitaba a diario, se posaba en su cara y era lo más parecido a una caricia materna o paternal. Solía hablar con ella y de alguna manera se había acostumbrado a contarle sus cosas, y ella siempre le respondía con un suave *bis bis* de sus alas. ¿Sería la misma mosca? Ninguna podía vivir más de unas semanas, y a ella la conocía desde hacía años. Ella le susurraba de alguna manera que lo llevaría tarde o temprano a un lugar mejor.

El aleteo incesante de las moscas verdes y peludas, habían sido su primer arrullo en aquel inmenso basurero. Su madre, una jovencita delgada de párpados siempre entornados, lo había parido hacía unos cuarenta años atrás en aquel lugar. Ahí también habían nacido sus otros cuatro hermanos de los que apenas sabía nada. Sólo él había permanecido en el vertedero.

Habían pasado muchos años desde que su madre saliera de su vida dejándolo a su suerte, junto a sus hermanos. Todo por andar fumando foco todo el día. De su padre no recordaba nada. Sólo lo que ella algunas veces les decía: que quien la había preñado era un señor de la colonia de los Álamos que venía a buscarla de vez en cuando y le pagaba bien. Ya saben, hay gente que tiene gustos excéntricos e inexplicables, a veces hasta el colmo de la degradación.

Manuel, a menudo pensaba en ella, aunque no tuviera explicación de por qué y a dónde se había marchado su madre años atrás. Se estiró lánguidamente en su cama viendo pardear el sol, que se filtraba a través de las múltiples rendijas de su pocilga diminuta. Era una especie de sinfonía lúgubre y monótona, aunada al aullido de los perros en medio de la caliente y hedionda brisa del basural.



Con la fuerza de la necesidad, se levantó del colchón viejo sucio, sin sábanas, silbando a sus perros para que lo acompañaran a la colonia del Bordo. Ahí siempre encontraba comida recién botada en bolsas de basura, y no tendría la necesidad de hurgar en las montañas de desechos que llegarían más tarde. Ir a la colonia siempre le proporcionaba comida fácil.

La basura pasaba los viernes, así que las amas de casa probablemente dejarían los botes y las bolsas en la calle, desde primera hora para que pasara el camión por ellas. Tenía hambre. Demasiada.

Notó en medio de la jauría que llegaba a su refugio, a aquella perrita a quien llamaba cariñosamente “la Tripa”. Era *una* cachorra tímida, amarilla y flacucha, con la que tantas noches había pasado buenos ratos. La miró directo al culo, pero tenía tanta hambre que la diversión con ella tendría que esperar. Bostezó lamentando sentir más hambre de comida que de placer. Y es que no se puede coger bien con el estómago vacío.

Tomó su bastón improvisado, hecho con un palo de escoba, cogió su raído y grasiento costal de yute echándoselo al hombro. Salió de su refugio y con paso lento, empezó a escalar las montañas interminables de desechos, buscando la salida del basurero, para llegar a la carretera que lo comunicaba con la colonia Aviadores.

No muy lejos del andar constante y pausado de Manuel, se encontraba una pequeña niña que no tenía nombre. La pequeña jugaba en el patio de terracería de su casa con las gallinas de su abuelita. Ese día estaba contenta, pues su vecina había lavado y puesto suavizante a aquella cobijita de gatitos que tanto le gustaba. Hacía muchos días que su mamita no llegaba a casa con aquel hombre que se enojaba, tan sólo porque ella lloraba de hambre, frío o miedo.

La gente llamaba a la pequeña “Marujita”. Era tan poco querida por su madre, que nunca le había puesto un nombre, ni la había llevado ante el Registro civil. Jamás había pisado una escuela. La pobre y descuidada criatura vivía día a día gracias a la caridad de sus vecinos, pues su abuelita, quien la cuidaba en ausencia de su madre, se había ido lejos a Estados Unidos, con sus tíos de Arizona y no había regresado.

Marujita se había acostumbrado a que cualquier gente se acercara a ella y al menos ese día no tenía hambre, ya que su vecina doña Vicky, le había dado de comer unos huevitos con frijoles y agüita de limón con lo cual estaba satisfecha y tranquila.

O al menos así estaba en el terreno que su madre supuestamente cuidaba. Jugaba con la tierra del patio cuando escuchó el rechinar oxidado del portón rojo y la risa alcoholizada de su madre. Corrió por instinto ocultándose al interior de los cuartos en obra negra, entre ropa vieja arrinconada en una de las esquinas del sucio piso de cemento. *¡Nena, ven, ven nena, llegó mamita!*



La madre arrastró aquella frase, en medio de las risas y chupeteos que su acompañante le propinaba con gusto, mientras le metía sus fuertes y morenas manos bajo la blusa, estrujando sus senos. *¡Schh!, no hagas ruido mi vida, que espantas a la niña.*

La mujer obesa de grandes ojos lamía con gran excitación a aquel hombre delgado de bigote escaso. Ambos rieron, desplomándose en algunos bancos de plástico que había alrededor de una mesa, recargada sobre una pila de tabiques grises y húmedos.

Encendieron la radio bebiendo y fumando ajenos a que, en algún punto del sur de la colonia, a paso lento, se aproximaba un hombre con quien compartirían la mesa y de alguna manera saciarían su hambre.

Marujita escondida en su rincón, esperaba que su madre y su pareja se fueran, pero eso no sucedió. Al cabo de un rato su madre la buscaba entre la pila sucia de ropa, trapos viejos y humedad. La alzó en vilo de un brazo mientras le gritaba que era una niña sucia, pues se había hecho del baño encima.

La pequeña sintió en su frágil cuerpo el dolor ardiente, la adrenalina al tope, el hedor a mierda y la falta de fuerza para huir del castigo. El hombre que venía con mamita comenzó a golpearla con los puños sobre su pequeño rostro. El dolor era constante pero no podía ubicarlo en alguna zona determinada de su cuerpo. Su madre la aventó contra el suelo mientras aquel hombre grande le pateaba la cara y el torso.

Marujita como pudo trató de evitar los golpes, chillando y haciéndose ovillo sobre aquel piso gris y duro. Su madre gritaba enfurecida preguntando por qué no se moría, queapestaba a cagada, que no servía para nada, y que la iban a corregir para que no se hiciera del baño encima.

La pequeña gritaba, pero a ellos no les importó. Fuera de sí gritaban más fuerte. Estaban hartos de verla como se tragaba la comida sin habérsela ganado. La azotaron contra el suelo y la patearon. Sudorosos y extenuados se sentaron a la mesa.

Indiferentes y claramente excitados, continuaron bebiendo mientras la pequeña expiraba en medio de la penumbra, en aquellos cuartuchos techados con láminas de asbesto y cables enmarañados. Por testigo de aquel hecho tan sólo se hallaba una imagen descolorida y arrugada del Sagrado Corazón de Jesús, que colgaba de unas telarañas polvorientas.

El hombre se preparó una raya de coca y con nuevos bríos se levantó, hecho una furia, cogió aquel frágil cuerpecito quitándole los calzones, dejándolo vestido apenas con una camiseta de algodón y la envolvió en una cobija con estampado de gatitos. La echó en una carretilla que se hallaba en el terreno, junto a algunos maderos podridos y bolsas con basura, saliendo a la oscura calle, con el fin de deshacerse de todo aquello en los bordes de la colonia.



Algunas horas más tarde, Manuel seguía buscando un poco más de comida. Era de noche, y disfrutaba andar en el borde de la colonia junto a sus perros. Andando sobre la banqueta se internaron en un predio a medio bardear. El lugar estaba lleno de desechos, plantas secas y escasamente iluminado por las bombillas públicas.

Hurgando entre las bolsas de basura, había encontrado unos pedazos de pizza. También halló huesos con pellejos de unas alitas de pollo. Los sacó degustándolos con placer. Pensó que aquella gente que vivía fuera del basurero desperdiciaba mucho. Ojalá hubiera encontrado algún envase de refresco o agua a medio terminar, pero de beber no había hallado nada. Mientras chasqueaba con la lengua los residuos de su cena, algo llamó su atención: un bulto que estaba envuelto con una frazada de gatitos rosas.

Aún sentía hambre, pero era una distinta a la que ya había aplacado un poco después de comer desperdicios. Sus oraciones habían sido escuchadas. Dios no se había olvidado de él. Removió la frazada de los gatos y ahí, sobre la tierra, abierta de piernas, totalmente desnuda y rígida, tan sólo con sus calcetas de color rosa y una sucia playera amarilla, estaba una pequeña niña con los ojos bien abiertos. Fría, y apretadita, con los pezones pequeños y negros bajo el frío de la noche. Manuel tenía hambre. Toda la vida la había experimentado, de muchas y diversas formas.

Se bajó los pantalones y juntando saliva dentro de su boca se escupió las palmas de las manos, embadurnándose el miembro, listo para cenar.

Esa comida fue de lo más delicioso que hubiera probado hasta entonces. Nunca había comido tan rico y tan a gusto. El enjambre de moscas revoloteaba sobre ellos trazando un círculo aún más negro que el cielo de esa noche estrellas. *Bil zi bú. Bil zi bú*, susurraban en medio de aquel polvoriento baldío lleno de basura. Manuel no lo sabía, pero en ese instante fue bendecido por la obscuridad.

Comulgó detrás de una enorme piedra de cantera rosa, ahí donde los cricosos solían fumar por las tardes. Poseyó con ansia aquel despojo inerte sintiendo más hambre, mordiendo con fuerza los hombros y costados de aquella muñeca abandonada. Sus dientes amarillos y enfermos se hundieron en aquel lechón tierno, arrancado un poco de carne.

Lo masticó con algo de dificultad, sintiéndolo tan pleno y llenador, que casi logró venirse tan sólo con masticar aquel bocado. No dudó. Siguió masticando aquel trozo de humanidad, mientras alcanzaba el clímax. Resollando, se quedó dormido sobre aquel cadáver, saboreando cada instante de la madrugada.

Al cabo de un rato, la helada lo obligó a levantarse. Con torpeza cubrió el cuerpo con la frazada de gatitos. Se estiró eructando, alejándose de aquella basura humana con la que se había divertido tanto, prosiguiendo su camino hacia casa. Aspiró profundo el aire frío,



silbando a sus perros. Se echó al hombro el costal, agradecido con Dios, porque por lo menos esa noche estaba lleno a reventar. No tenía hambre.

No la sentiría, hasta que el sol de nuevo se elevara, con aquel calor hiriente sobre el techo de su hogar. Manuel continuaría soñando con saciar su infinito apetito, al interior de aquella madriguera olvidada, en el basurero de la ciudad, hasta que Belcebú, la mosca verde y el enjambre que siempre lo acompañaba, una vez más lo despertaran con su infernal bisbiseo lleno de amor parental.

De la niña sin nombre no hay mucho que decir: sería encontrada por los vecinos y su caso archivado como un feminicidio más. Y al cabo de un año, su cuerpo congelado y pálido, sería sepultado y olvidado dentro de una bolsa negra, al interior de una fosa común.



MIEMBROS PERDIDOS

ARTURO VALDEZ BERNAL

Sus ojos se encontraron con la figura encorvada. De estatura corta, como la de un niño de no más de 11 años, y de rostro sucio, cuarteado por el sol. Cuando la vio despertar, la criatura descargó golpes sobre su rostro. Le rompió la nariz. Los ojos cafés se llenaron de lágrimas y la sangre cubrió su juvenil rostro.

Trató de ponerse de pie. Una punzada surgió en su espalda. Tembló. Chilló. La criatura retrocedió. Los nervios de Daniela le mandaron descargas. La torturaron. Miró hacia la fuente de su dolor. Sus piernas estaban retorcidas, un amasijo deforme. Gritó.

La criatura esperó. Se agazapó en la oscuridad. Los berridos de la joven provocaron aullidos de las bestias de la selva. Sacó una porra, de una bolsa de cuero atada a su cintura. Corrió hacia ella. Descargó el golpe sobre su boca. Reventó los gruesos labios. Los alaridos se detuvieron. La arrastró por el cabello.

Un aroma fétido contrajo sus facciones. Se metió por su nariz rota y le provocó náuseas. Le siguió el dolor en las piernas y el de su boca. Daniela despertó. Un bozal de piel podrida le tapaba la boca. El vómito quedó atrapado en él. Se pegó a su rostro. Escurrió por su mentón y sus mejillas. Lloró.

La risa de una mujer la hizo despertar de su sufrimiento. Apoyó los brazos en el suelo de tierra. Se enderezó. El sufrimiento amenazó con desmayarla. Aguantó. Prestó atención. Era la voz de su madre. Cantaba una canción de cumpleaños. La tonadilla se interrumpió. El ladrido de un perro y las carcajadas de varias mujeres resonaron. Daniela identificó la escena. Recordó la noche de su cumpleaños. Dos días atrás.

Había llegado a casa de su madre en Chiapas. Su hermana le había organizado una reunión familiar. Daniela vivía en Sonora, por lo que pocas veces las podía ver. La noche de su cumpleaños la había pasado con sus amigas, y la bella tonada de su madre había sido interrumpida por manchas, la mascota de la familia.

El recuerdo de Daniela se interrumpió. Escuchó en susurro a su novio y a su mensaje de buenos días, como cada mañana. Se detuvo. Un cuerpo pesado se estrelló en una pared continua. La habitación de adobe tembló. Uno de los muros se abrió, escondía una



puerta de metro y medio. La figura que la había atacado salió de él. Sus manos estiradas hacia ella. Ojos abiertos. Ceño fruncido. Y la mandíbula abierta con sus dientes amarillos y podridos. Le mordió el cuello. Daniela levantó los brazos. Cayó. Su espalda dio con el suelo. Una punzada de dolor se elevó desde su cintura. Se desmayó.

Despertó entre el aroma a vomitó seco, sangre fresca y humo. Sus ojos se abrieron en la oscuridad. Excepto, por una fuente de luz a su derecha, que también le proveía calor. Volteó. Se encontró con los restos de una fogata. A un lado, sumergido en sueños, estaba el hombre deforme. Envuelto en una manta manchada, como un bebé. Sostenía una especie de tubo, alargado y terminado en una pelota blanca, reluciente.

Daniela se enderezó, apoyada en sus brazos. Observó a su captor. La figura le pareció patética. Estaba segura de no haberse roto las piernas, hubiera podido lidiar con él. No era más amenazante que un niño. Recordó la caída por el acantilado. Había rebotado en las rocas, y llegado a la orilla del río. Había salido, de la casa de su madre, a trotar, rutina que seguía cada mañana. No pudo volver. Dos días habían pasado. Seguía perdida. Las lágrimas brotaron. Su respiración se agitó, con ella las inhalaciones en el bozal. Le dieron náuseas. Vomitó. Los aromas se mezclaron en su nariz. Se frustró. Entre sollozos y rabia, recordó su cumpleaños. La criatura había utilizado su teléfono. Había visto los videos de su celebración y el saludo de su novio. La esperanza cubrió su cuerpo. Sonrió. Miró hacia la habitación contigua. Recordó que la criatura salió de ella, no traía el celular consigo. Se arrastró. El esfuerzo fue menor. Era más ligera.

Le llevó un tiempo llegar a la pequeña puerta. Un desnivel la esperaba, solo un escalón. Decidió pasar primero el cuerpo y después jalar las piernas deformes, que no quería ni ver, había estado muy orgullosa de ellas. Los médicos me ayudaran, se dijo. Le dio la espalda a la entrada, para pasar los brazos. Se pasmó. Vio su amasijo. Perdida. Frustración. Ira. Le faltaba la pierna derecha.

A medio muslo colgaba una soga sucia, a modo de torniquete. Llevó la mano derecha al muñón. Sus lamentos se opacaron por el bozal. Miró al hombrecillo encorvado, aferrado a su tesoro, a ese palo blanco, terminado en una bola. Lo odio. Lo quería muerto. Estaba segura de que se trataba de sus restos. La criatura se movió. Daniela se paralizó. Aguardó hasta que los músculos de su captor se relajaron de nuevo.

Entró a la habitación. Primero los brazos, con lentitud bajo la cadera, al final la extremidad deforme. El cuarto estaba a oscuras. Tanteó el suelo, su celular tenía una funda enorme. Esperó encontrarlo por el tamaño. Se arrastró hasta chocar con una estructura de madera. Una prenda cayó sobre su cabeza. Se llevó la mano derecha a ella.



La apartó. Sintió su textura, tersa piel. La arrojó al suelo. Continuó su búsqueda. Cerca del soporte de troncos, halló el teléfono.

Tenía pila, aún. La pantalla estrellada. Los bordes cubiertos de alguna sustancia pegajosa. Lo desbloqueó. Sus ojos se contrajeron. Amenazaron con llorar. Entró a WhatsApp. Había señal. Se llenó de esperanza. Buscó el contacto de su mamá. Le escribió. Primero se dejó llevar por su dolor, sufrimiento y angustia. Mamá respondió. Las lágrimas se derramaron. Se mezclaron con todas las sustancias que ya tenía embarradas en el rostro. Escuchó un objeto caer, tras ella. Fue tomada por el cabello. Jalada con violencia. La funda, un oso Pooh sosteniendo un tarro de miel, se atoro en sus dedos. Lo pudo sostener, pese al tirón.

El caníbal estaba despierto. Tiraba de ella. Golpeaba su rostro. Daniela se debatió de su agarre. Aguantó el castigo. Escaneó la habitación. En la entrada vio los restos de lo que fue su pierna derecha, una ola de adrenalina la invadió. Buscó los genitales de su atacante. Los sostuvo en su mano izquierda. Presionó. Enterró sus uñas, afiladas y rotas, en la suave piel. La recámara se inundó de alaridos. El hombrecillo la soltó. Se dejó caer. Escapó de ella. Su pantalón delató una mancha de sangre.

Daniela se acostó sobre su estómago, gateó hacia la salida. Su secuestrador se lanzó sobre ella. La aferró del cuello. Balbuceó en su oído. Río. Entre lágrimas, ella luchó por aire. Estiró los brazos. El celular escapó de su mano derecha. Aferró los restos de su pierna. Giró su cadera. Pegó a su atacante con el codo derecho. La liberó. Acertó golpes en su cara. El hueso afilado, ahí donde había sido cercenado, se clavó en el cuello. Un chorro de sangre mano de la herida. Dio en la cara de la joven. Le revolvió el estómago. Vio la vida escapar de aquel rostro arrugado, de sus ojos negros, llenos de ira.

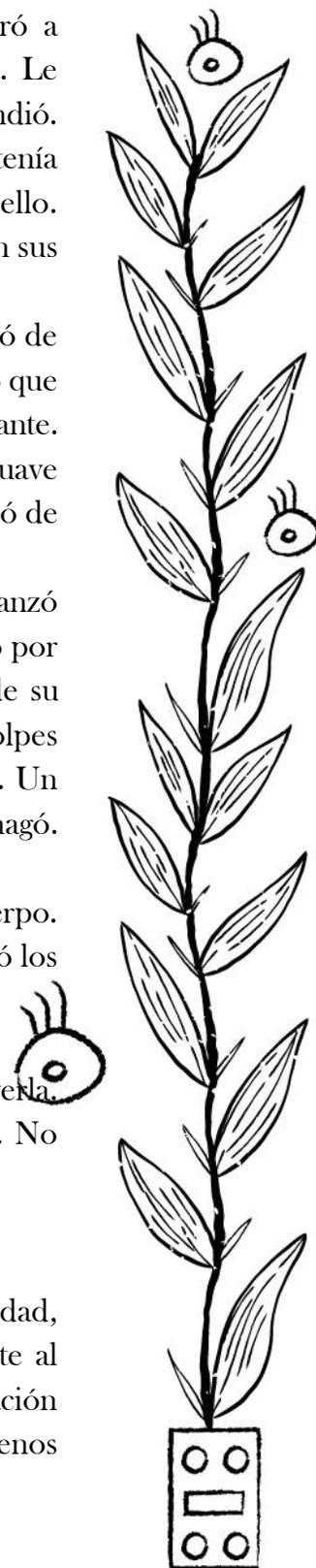
Daniela se desplomo sobre el brazo del caníbal. La adrenalina abandonó su cuerpo. Recuperó su miembro perdido, despojado de todo rastro de carne. Lo abrazó. Cerró los ojos. Perdió el conocimiento.

Despertó. Un rostro de abundante cabello rizado, como el suyo, se inclinaba para verla. Sonrió. Su madre la abrazó. La llenó de caricias y besos. La atacó con preguntas. No respondió. Recordó la choza, el bozal, su pierna.

—¿Mi pierna?

—¡Oh, mi dulce niña! —dijo su madre.

Cuatro semanas después la dieron de alta. Habían cortado aún más su extremidad, desde la cadera. Tornillos y yeso enderezaron el amasijo izquierdo. Sentada frente al televisor, con manchas apoyado en su regazo. Miró el noticiero local. La investigación continuaba. Las autoridades de Chiapas reportaron indicios de huesos de por lo menos



30 personas. Una colección de diez máscaras hechas con piel humana, empotradas en un mostrador de madera, en la habitación donde Daniela había sido encontrada. El caníbal de Lacandona, lo llamó el presidente entre risas. Un inventó de los locales, dijo. Una artimaña para dañar su imagen pública. Inventó de los ecologistas. Un daño para el turismo. El perro ladró al televisor. Ella rugió, ante las risas al chiste de su mandatario. Arrojó el maltrecho celular. Se estrelló en la pantalla, con la cara del oso Pooh regalando su mejor sonrisa.



LA ZOMBIE

TONY MARTÍNEZ TENA

Tenía dieciséis cuando mis padres decidieron divorciarse. No puedo decir que estuviera enfadada porque hacía años me estaba preparando para eso. Años que escuchaba a mi madre llorar después de horas de discusiones para después atiborrarse a ansiolíticos. Años en los que mi padre salía dando un golpe en la puerta y regresaba dando tumbos por la casa borracho. Hasta que un día mi madre ya no aguantó más, empezó a hacer la maleta y decidió marcharse. Mi padre gritaba y daba golpes por toda la casa como un gorila, reclamando a mi madre el abandono. Meses después, la vimos por la calle de la mano con otro hombre, más guapo y alto. Desde ese día, no se volvió a hablar de ella. Mi padre estaba todo el día en el negocio y me dejaba comida en el refrigerador; cuando llegaba de clases, vaciaba la comida en una bolsa y la tiraba a la basura. Desde mi primera regla, me habían engordado mucho las piernas. Odiaba mis muslos y envidiaba a las chicas que se ponían un pantalón y les quedaba ancho y holgado.

Agarré la báscula y los medicamentos para la ansiedad de mamá, y los guardé en mi cuarto. Decidí que solo comería por la mañana y bebería agua todo el día para llenar el estómago. Los dos primeros días, a media tarde me sonaba horrible la barriga y me hubiera vuelto loca comiendo galletas y chocolate con leche como hacía antes, pero cuando me entraba hambre me subía la camiseta o me bajaba los pantalones y me miraba al espejo; agarraba las carnes con fuerza como si quisiera arrancar la celulitis y todo lo que me sobraba. Provocaba una marca roja alrededor, que tardaba horas en irse y hasta tornaba a moretones. En una semana empecé a notar cómo iba perdiendo peso poco a poco. Tomaba los ansiolíticos de mamá y me pasaba la tarde tumbada en la cama, escuchando música o leyendo. Hice del cuarto mi mundo.

Cuando llegaba mi padre a casa, yo fingía estar haciendo lo de clase. Al principio entraba hasta ponerse al lado del escritorio, pero como le ponía mala cara por la peste a alcohol que traía, ya solo se quedaba en la puerta, se aseguraba de que siguiera viva y se tumbaba en el salón a ver la televisión hasta la madrugada.



“#Perderpeso”, había buscado en las redes. Tenía la intención de perder cinco kilos en un mes, eso era lo que necesitaba. Terminando las clases, pediría dinero para ir de compras y tiraría la ropa horrible que había tenido que llevar por decisión de mamá. En un mes y cinco kilos menos, me podría incluso comprar un biquini nuevo e ir a la piscina todo el verano. No había pasado de curso por mis malas notas y la única asignatura que me gustaba era literatura.

El profesor, sin mucha esperanza, nos había dejado una lista de novelas para leer. Entre ellas *Madame Bovary*, a la que volvía una y otra vez porque me sentía como la protagonista Emma. Aburrída en mi habitación, imaginando una vida fuera de casa, del barrio, con un hombre interesante a mi lado y con un cuerpo envidiable. Me recostaba en la cama y fantaseaba con los bailes burgueses, viviendo en una casa con sirvientes y tomando vinagre para mantener el peso.

Una noche llegó a visitar la tía y echó por tierra todo el plan. Primero le hizo ver a mi padre “

que “me estaba quedando muy delgada” y luego le sugirió que me cambiara de secundaria, como la de sus hijas, una institución privada, —la rectitud y el trabajo duro es lo que necesita esta niña—, le decía a mi padre mientras cenábamos.

Yo no podía más que mirar la comida y dar vueltas con el tenedor, haciendo huecos como si hubiera comido mucho, porque no quería que las papas fritas con filetes, me hicieran engordar.

Para el final del verano ya había adelgazado los cinco kilos, pero decidí seguir un poco más, todavía tenía grasa en las piernas y me rozaban cuando caminaba.

Una semana antes de empezar las clases empecé a ponerme nerviosa. No solo estaba cambiando de centro, también era una oportunidad para juntarme con otras chicas y hacer nuevas amistades. Pero todo salió mal, el primer día de clase fue un reflejo de lo difícil que se iba a poner para mí. Nada más comenzar, un grupo de chicas me rodeó y empezaron a burlarse de mi aspecto. —Mira qué cuerpo, parece una zombie— gritó una de ellas. Desde aquel momento fui para todas, “la zombie”.

Ese día, de camino a casa, me convencí de que aguantaría hasta cumplir los dieciocho y después me largaría. Cuando llegué, mi padre me estaba esperando y me dijo que —se disculpaba por haberme dejado sola tanto tiempo— y yo solo pensaba en que ya no podría tirar la comida y tendría que comer delante de él.

Empezamos a cenar. Sentí la comida caliente en mi boca. Desde hacía semanas no notaba llenarse el estómago. Y después de la sopa y los espaguetis, todavía me quedé en la mesa comiendo galletas y chocolate.



Me fui a mi habitación con la barriga llena y entré en pánico por todo lo que había devorado. Levanté la ropa y vi mi barriga hinchada. Me fui al baño, levanté la taza del wáter y me metí los dedos para forzar el vómito. Me aseguré de que salía todo. La garganta me raspaba y percibí un sabor repugnante y ácido en mi boca. Me lavé los dientes y bajé a la cocina para llenarme de nuevo con agua. Mi padre ya se había ido.

Al principio me costaba mucho vomitar y me hacía daño en la garganta al purgarme, pero con la práctica impulsaba un poco el estómago para ayudarme y toda la comida salía sola. Después me tomaba una de las pastillas de mamá, que afortunadamente había dejado un buen arsenal y me pasaba la tarde en la habitación. Me tumbaba de lado y pasaba la mano por las costillas y por las caderas; sentía como cada vez se notaban más los huesos.

Estaba consiguiendo la figura que quería; las clavículas se marcaban, la cintura empezaba a mostrarse y las piernas por fin comenzaban a definirse. Miré mi cara, pude observar los pómulos prominentes y las mejillas hundidas. Todo el esfuerzo estaba dando sus frutos, la transformación del cuerpo me hacía sentir muy bien, como si estuviera muy por encima de la gorda que había sido hasta entonces.

Por esos días tomaba también los ansiolíticos por la mañana para poder aguantar las clases; se me hacían insufribles. El centro era un templo a la hipocresía. Teníamos que asistir a misa cada día antes de comenzar las clases, mientras las chicas en los baños tenían escondida siempre una botella de tequila, para en palabras de ellas mismas, “poder aguantar esta mierda un día más”.

Durante las clases, me quedaba absorta y descargaba mi ansiedad mordiéndome los pellejos de alrededor de las uñas. Empezaba chupando el dedo y humedeciéndolo. Sentía placer al pasar la lengua por encima de la uña y la yema. Si me hacía heridas que empezaban a sangrar me pasaba a otro dedo. Cuando los tuve imposibles, comencé con el interior de la boca. Giraba los labios hacia un lado y sacaba pequeños trozos de piel, los masticaba y los tragaba. Cuando me crecía de nuevo el pellejo en los dedos volvía a morderme.

Un día que entré en el baño, las chicas estaban eufóricas, una de ellas agarraba con esmero un paquetito que tenía en la mano y cuando me miró dijo con desánimo:

—¡Ah! Es la zombie.

Entré al retrete y cerré la puerta. Mientras hacía pis, las escuchaba cuchichear; salí con la intención de irme lo más rápido posible cuando una de ellas me cerró el paso. Las demás me rodearon y arrancaron la ropa con violencia y no pararon hasta quitarme las bragas y el sostén. Al principio estaba paralizada y temblaba sin control; cuando quisieron



sacarme por la puerta del baño comencé a gritar y a defenderme dando patadas a todas aquellas se acercaban. Una consiguió sujetarme las manos fuertemente a la espalda, tiró fuerte del pelo y me sacó a empujones al pasillo.

Me dejaron en el suelo y cerraron la puerta. Los minutos que estuve allí, se hicieron eternos. Golpeaba la puerta desesperada implorando que abrieran, mientras una de las chicas del pasillo gravaba con su celular. Por el jaleo llegó la supervisora y su castigo fue llevarnos a todas a la capilla para “reflexionar y pedir por nuestros pecados”.

Esa noche, en el cuarto, me había quitado la ropa y observaba mi cuerpo frente al espejo. Trataba de agarrar y juntar la celulitis que me queaba en los muslos y ya casi no podía. El hueco entre las piernas era una realidad y mis muslos no rozaban. Me fui al baño, tomé algunas pastillas y llené la bañera. Entré al agua para relajarme.

De repente recordé a la chica que me grabó en el pasillo. A esta hora todo el mundo tendría el video. Metí la cabeza dentro del agua para humedecer el pelo, pasé la mano por entre los mechones y el cuero cabelludo. Sentí unas ansias incontrolables de agarrar y tirar fuerte de él. Primero suave y luego tan fuerte que empecé a sentir placer y dolor en la piel al mismo tiempo. Tomaba un mechón y lo mantenía todo el tiempo que podía. Cundo me quedaba sin aire y salía a la superficie, percibía el frío en mi cara y pensaba en lo incómodo y vulgar que era estar fuera del agua.

Cuando recuperaba un poco la calma, metía la cabeza de nuevo y me agarraba otro mechón. Cuanto más tiraba, más placer sentía. Debajo del agua estaba viva. Salí de la bañera agotada y el desagüe acumuló una gran cantidad de pelos que me había arrancado. Los junté en un manojo y los arrojé por el retrete. Tomé algunas pastillas más y me quedé dormida.

Al día siguiente salí de casa, me subí en el autobús pero no paré en el centro, seguí la línea hasta la última parada. Me pareció ver un parque grande y me bajé con la intención de sacar uno de mis libros y sentarme a leer. Caminé alrededor del recinto buscando la entrada y vi a lo lejos un cartel que decía, “Cementerio Municipal”.

Al principio tenía un poco de reparo, pero al entrar sentí una gran calma, el tráfico ya no se oía y tuve la certeza de que allí nadie me buscaría. Recorrí los pasillos mirando las lápidas. La mayoría tenían floreros vacíos o flores de plástico con colores estridentes. Encontré un banco y estuve sentada leyendo por horas. Era el mejor lugar para estar después de mi cuarto, nadie me molestó. A eso de las tres de la tarde decidí regresar.

Llegando a casa un golpe de realidad me azotó. Sentí un malestar profundo al pensar de nuevo en el video y en las burlas. Decidí llenar la bañera para tranquilizarme. Tomé un cóctel de pastillas de mamá, me desnudé y entré al agua. Todo era vulgar, el puto



instituto, esta casa, esta ciudad, el aire mismo. Metí la cabeza debajo del agua, ahí estaba segura...

Recuerdo estar castigada en la capilla del centro sentada en uno de los bancos pegados a la pared. Había tomado tantas pastillas que no sabía cómo había terminado ahí. Empecé a sentir un frío desgarrador y los huesos de las nalgas se clavaban al banco. ¿Cuánto tiempo me iban a tener allí? Vi al fondo una monja salir con una bandeja de plata que llevaba el cáliz sobre un paño blanco. Entonces entendí que estaba en mitad de una misa y escuché de fondo la voz del cura que decía: “oremos”. Los asistentes se levantaron y arrodillaron. Hice lo mismo, no sabía si la supervisora me observaba y no quería estar castigada para siempre.

Junté las manos y llevé los dedos cerca de la boca. El dedo gordo quedó justo entre los labios, lo introduje en la boca y empecé a humedecerlo. Sentí una bolita suave entre la uña y la yema que empezó a crecer, lo llevé a mi lengua y jugaba a moverlo de un lado a otro de la boca. Noté unas patitas y un cuerpo suave y blando que se ondulaba y entonces sentí un asco como nunca. Escupí y miré al suelo para ver dónde había caído, todo alrededor estaba lleno de gusanos y de moscas verdes. Me miré las manos. De entre los dedos y las uñas salían pequeñas larvas blancas. Observé trozos sin piel en mis brazos, los tendones colgando de ellos, cayendo donde las moscas y los gusanos.

Entré en pánico y quise salir corriendo. Pero no podía levantarme. Sentí mi cuerpo más delgado y débil que nunca. Con mucho esfuerzo conseguí levantarme y me senté en el banco rodeada de los insectos que recorrían mi cuerpo devorando todo. Levanté las faldas y los huesos de mis piernas, con apenas trozos de carne, estaban siendo también un festín para los bichos. Llevé las manos a la cabeza y un gran mechón de pelo sin ninguna dificultad se quedó entre mis dedos, tiré de él y una parte grande de cuero cabelludo se desprendió también.

Lloraba y gritaba desesperada, pero mi voz no sonaba y como pude, me levanté para llegar a las personas que estaban en el templo. Se juntaban unas veinte en total, todas vestidas de negro; todas con la mirada perdida hacia el suelo o el techo.

En mi recorrido iba dejando un reguero de carne, sangre y gusanos. Alcé los brazos para alcanzar a alguien que me pudiera ayudar pero me había vuelto invisible para todos. Caminé hasta las primeras filas junto al altar. Y me acerqué a una mujer que estaba llorando desconsolada, era mi madre. Mi padre a su lado le sujetaba las manos con fuerza.

Mi cuerpo entonces empezó a pesar cada vez menos y a desmoronarse por completo; antes de convertirme en polvo, miré al altar y vi un ataúd de madera brillante con detalles dorados, el ataúd que me llevaría al lugar más elegante y menos vulgar de todos.





PROVIDENCE, 86 AÑOS DESPUÉS DE LOVECRAFT

Antonio Carlin Lynch

El hombre retiró el anuncio de *FOR SALE* del césped. Su mujer, frágil y risueña, de rubios caireles, ya se encontraba en el umbral de la puerta. Lucy sintió una fresca brisa procedente de quién sabe dónde, y una ligera nube de polvo en su rostro. Olía a humedad. La casa, antigua, alta, con fachada de ladrillos y una torre de piedra labrada; parecía que la observaba. Los observaba, a ambos. Los vellos de sus brazos se erizaron, su mirada se mantuvo fija en una de las ventanas rotas del interior. Se encontraba en una esquina del ala este. Tenía un agujero de tamaño pequeño en el cristal; un rayo de luz entraba a través de él.

Eran las 18.48 de la tarde. Ya no había luz afuera.

La pareja pasó la noche ahí. En cuatro días ya estaban instalados. La casa totalmente habitable. Limpia. Sin polvo, ni telarañas, ni mucho menos olor a humedad. La ventana del ala este: reparada. Lo interesante, y me refiero a los eventos interesantes, comenzaron al sexto día, ya habitando de lleno el 454 de *Angell Street*: Lucy comenzó a escuchar sonidos casi inaudibles que surgían del ala este. Se lo comentó a Robert, que solo respondía: “*pero cariño, yo no escucho nada, ¿qué? ¿Ratas? Ok, ok... ¿te parece bien si me hago de un gato?*” Pero nunca volvió a tocar el tema de gato, así como tampoco nunca quitaba la mirada del televisor. Alegando llegar cansado del trabajo.

En realidad, ¿había ratas viviendo en lo más profundo de las paredes?

A la cuarta semana, Robert comenzó a comportarse de muy extraña manera; primero dejó de ir a trabajar, se la pasaba encerrado en una de las habitaciones de la torre, la cual había tomado como “*su estudio*”. Lucy solventaba los gastos de la casa, su empleo en una agencia de bienes raíces se lo permitía; cuando pensaba en el comportamiento de Robert, por su mente pasaba la idea fugaz de: “*tal vez sea una depresión pasajera, ya se le pasará*”. A la sexta semana, Robert dejó de afeitarse, no se rasuraba ni se bañaba, ni siquiera se lavaba los dientes. Su olor comenzaba a hacerse penetrante. Lucy dejó de tener intimidad con él, en modo de protesta. Mas nunca se lo comentó.

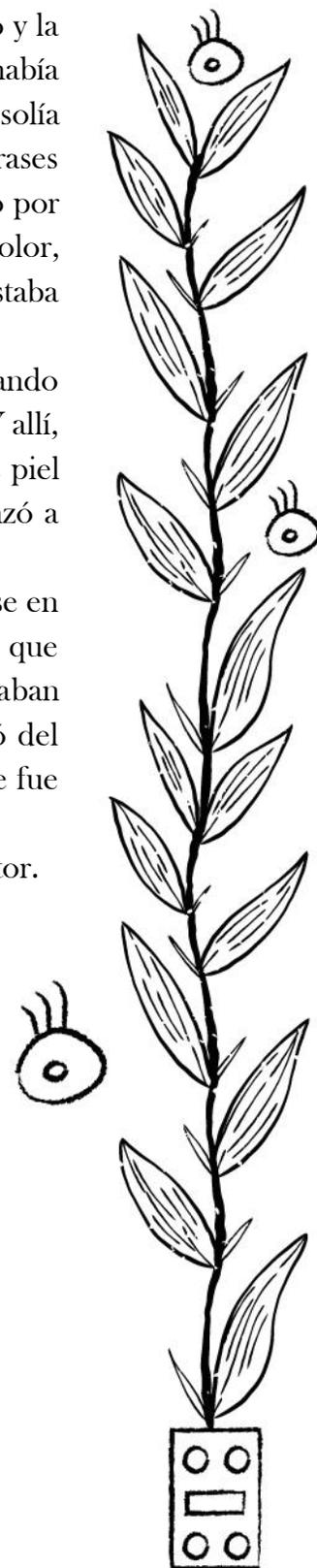


A la octava semana sus modales en la mesa dejaban mucho que desear (algunas veces, Robert comía en “su estudio”, dónde se encerraba por horas, incluso días, otras veces no comía por dos o tres días, luego aparecía y se sentaba a comer lo que encontraba en el refrigerador; no importaba si estaba frío, o crudo). Ya no usaba cubiertos, el cabello y la barba le habían crecido. Una noche, mientras Lucy dormía, Robert, que ya se había mostrado muy desinteresado en el sexo, y ya dormía aparte--si es que dormía, Lucy solía escucharlo por las noches, haciendo ruidos, incluso cuchicheando o susurrando frases poco comprensibles; otras veces sonaba como si hablara con alguien más--se deslizó por debajo de la sábana; Lucy pudo sentirlo. Esa noche, había algo diferente en él, era su olor, un olor que envolvía a Lucy. Dulce y reparador. Cuando le rozó la pierna, aún estaba despierta... pero en unos pocos segundos quedó dormida al instante.

Robert le mordisqueaba la espalda baja, luego, comenzó a subir: lentamente, dando pequeños mordiscos en su espalda, luego en la nuca, el cuello, y al final las mejillas. Y allí, en las mejillas encajó los filosos dientes, que de pronto le surgieron. Un pedazo de piel fue desprendido de golpe. Lucy abrió mucho los ojos, despertando, pero no alcanzó a gritar: su esposo le dio un último beso de muerte, arrancando de tajo su lengua.

Duró unos segundos aún viva, la última imagen que Lucy vio, antes de desangrarse en la cama, fueron las orejas puntiagudas, los bigotes que le habían brotado, y una luz que entró por un pequeño orificio en la ventana. En el suelo, diminutas sombras comenzaban a rodear la habitación... luego, Robert terminó de comérsela y su cuerpo se volvió del tamaño de una rata. Se lamió sus manitas, y entró en un agujero de la pared, dónde fue recibido por los suyos: su nueva familia.

En las profundidades de lo que anteriormente había sido la antigua casa del escritor.



LA CARRETERA

Fer Michel

Abordas el autobús Monterrey-Torreón de las 9 de la noche. No porque extrañes tu ciudad, sino porque ya no quieres que tu mamá continúe con su insistencia de que la visites. Es un vehículo helado y solitario «de seguro en Saltillo se llena», supones. Es la primera vez que te toca un viaje vacío por completo.

Después de varios minutos en tu asiento, notas como otro pasajero entra: es un tipo joven, con camisa a cuadros y gorrito, con una total pinta de *hipster*. El autobús empieza su recorrido. Colocas tus audífonos sobre esas orejas gozosas de recibir una melodiosa dosis de «buena música». Tus ojos son cobijados por tus párpados. Les regala una tranquilizante obscuridad. Utilizas la ventana como almohada y te logras desconectar del mundo por unos momentos.

De pronto algo te despierta. El autobús se ha detenido. Aunque tu cerebro ya no te concede esa tan apreciable escapada de la realidad, decides continuar con tus ojos cerrados; temes que el poder percibir la luz tenue del autobús evite que puedas volver a conciliar el sueño. «De seguro ya llegamos a Saltillo, ojalá nadie se siente aquí a mi lado».

No pasa mucho tiempo y el vehículo vuelve a ponerse en marcha. Se te hace muy rara la fugaz parada. Una de dos: o nadie subió, o te dormiste mientras los otros pasajeros abordaban. En esta ocasión tu curiosidad es más grande que el deseo de dormir y decides abrir tus ojos para ver qué pasa.

Observas a un hombre que camina por el autobús en movimiento. Su andar es lento, pero firme. Es un señor de más de 40 años. Con apariencia humilde. De cabellera larga y despeinada. Emite un sudor que hace sobresalir sus pezones y mancha de amarillo las axilas de su camiseta lisa de color blanca, lleva puesto unos pantalones de mezclilla sucios y rotos. Logras percibir el olor a sobaco, es un aroma rancio y húmedo.

De pronto pasa por tu lugar. Su desagradable esencia satura tus fosas nasales. Se detiene un instante y se sienta junto a ti.



Tu cuerpo te manda una señal de alerta y te eleva un poco la frecuencia cardíaca. ¿Por qué con un autobús vacío decide sentarse a tu lado?

Mueves la cortina de la ventana para poder apreciar en dónde te encuentras. No te dice mucho; la oscuridad de la noche lo evita. De lo que sí estás consciente es que no estás en ninguna ciudad. Ese misterioso y mal oliente hombre ha subido en una parte de la carretera, lo cual se supone está prohibido. Tu pulso se acelera. Tratas de no moverte y permanecer en calma.

El tipo comienza a hacer ruidos con la boca. El crujido de sus dientes y la burbujeante saliva que produce y mueve con la lengua podría considerarse como desagradable. A ti no te da asco, te da miedo. Aprecias ese sonido muy amenazante, como una advertencia que hacen los animales antes de atacar.

Estás con la vista fija hacia la ventana y percibes como el extraño te clava la mirada. No lo puedes comprobar con tus ojos, pero el resto de tu cuerpo te hace saber que ese desconocido examina cada parte de ti. Sientes como te observa desde las rodillas hasta la nuca. Los ruidos vocales se empiezan a intensificar y tus poros de la piel se abren para darte una sensación de escalofríos.

De pronto, pasa algo que hace que tu cuerpo entre en estado de *shock*. El raro hombre coloca la palma de su mano sobre tus piernas. No sabes cómo reaccionar, te sientes tan idiota por eso. Su mano permanece quieta por poco tiempo; comienza a frotarla por toda tu pierna de manera lenta y firme. Sigues sin poder reaccionar. Sientes la fricción de sus fuertes y frías manos. No sabes cuantos recorridos ha hecho por tu extremidad y percibes como aprieta tu muslo. Es ahí cuando tu cuerpo, al darse cuenta de que no haces nada por protegerlo, decide tomar cartas en el asunto; por instinto le sueltas un manotazo y te paras del asiento para cruzar al asqueroso y perverso tipo. Él no hace nada para detenerte y logras llegar al pasillo.

Ya libre del despreciable, vas rumbo a la puerta del chofer. No sientes que tu acosador te haya seguido y no piensas en voltear para comprobarlo.

Tocas con decisión.

—Señor, abra por favor —dices con una temblorosa voz, que, al escucharla, te sorprendes de lo débil que sonó. Eso hace que te sientas aún más como una pobre presa, una patética víctima cuyo depredador asecha a pocos metros.

No hay respuesta del conductor. Intentas observar por una pequeña apertura de la cortina que cubre su cabina. No logras ver nada.

Insistes en tocar la puerta, esta vez lo haces más fuerte y al ver que la fuerza no da resultado optas por las repeticiones.



Sigue sin haber respuesta. Es imposible que el chofer no escuche. Tu única opción es derribar esa puerta que, a pesar de que es de un vidrio delgado, la percibes como la de una celda de máxima seguridad. Así te sientes: como un animal enjaulado, sin escapatoria y con tu asechador que espera y goza de ver como tu nivel de desesperación cada vez se intensifica. Decides aumentarlo toda vía más y tomas vuelo para derribar la obstinada puerta. Lo consigues al primer intento. Deseas nunca haberlo logrado.

El chofer voltea a verte. Al ver su cara sientes ese hormigueo incómodo por todo tu dorso. No queda ni un solo vello de ti sin levantarse, ninguna arteria sin acelerar el surtimiento de sangre a tu pobre corazón, a ese órgano vital que nunca había sido obligado a trabajar tan rápido y feroz, tanto así que tus oídos son capaces de escuchar su veloz palpar. Ese palpar que solo descansa para tomar fuerza y acelerar el pulso.

Quien maneja el autobús es el mismo sujeto que acaba de tocarte tan solo unos momentos antes.

Volteas y lo único que ves es al tipo *hispter* que tiene sus ojos tan abiertos que hace muy notoria una expresión de sorpresa. Insistes en buscar a tu depredador. No aparece.

—No busques más, aquí estoy —te dice tu asechador quien ahora conduce el vehículo.

Corres, no haces más que correr a toda velocidad. Vas hasta el fondo y pasas de largo al otro pasajero que te cuestiona algo. No logras entender su pregunta. Tu único objetivo es ir a encerrarte en el baño que está en la parte trasera. Lo logras y justo cuando cierras la puerta, sientes como tu cuerpo pierde la gravedad y te golpeas con la pared. Caes al piso del diminuto espacio; el autobús se ha detenido.

Sacas el teléfono de tu bolsillo y justo vas a marcar a emergencias cuando alcanzas a escuchar gritos.

Son agudos y entrecortados, que más que gritos, parecen llantos de súplica. No logras entender las palabras y no sabes si es porque son incomprensibles, o tus oídos las bloquean para protegerte del angustiante sufrimiento que emiten.

—Diga, ¿cuál es su emergencia?

—Diga, ¿cuál es su emergencia? —repite una voz femenina que sale de tu celular—. ¿Me escucha?

—Por favor, necesito de su ayuda —contestas después de que te das cuenta de que has marcado al número de emergencias—. Estoy... —balbuceas—. Estoy... —repites con una voz aguda y débil—. Estoy... —expulsas solo aire y apenas se distingue lo que dices.

—Respire y dígame en que le puedo ayudar.

Respiras hondo. Lo haces con calma. Secas las lágrimas de frustración que salen expulsadas de tu interior. Te concentras en sobrevivir y dices:



—Estoy en un camión que salió de Monterrey rumbo a Torreón y ha subido alguien. Me encerré en el baño. Alcanzo a escuchar cómo asesina al otro pasajero que venía conmigo.

—¿Lo está viendo usted?

—No.

—¿Cómo sabe que le hacen daño al pasajero?

—¡Porque se escuchan sus pinches gritos! ¡Escuche! —colocas el celular en altavoz y lo acercas a la puerta para que logre percibir los llantos amargos y humillantes que emite el pobre chico—. ¿Ya lo escucha?

—Sí... ¿Sabe en qué lugar se encuentra? ¿En cuál kilómetro?

—No.

—¿Tiene cerca alguna ventana o una vía de escape?

—Una ventana.

—¿El autobús se encuentra en movimiento?

—No.

—¿Hay algún objeto con el que pueda romper la ventana?

Empiezas a buscar. No encuentras nada que te sirva.

—No, no hay nada, por favor, ayúdeme, por favor...

—Cálmese. ¿El posible delincuente sabe que habla conmigo?

—No. No creo.

—¿Me tiene en altavoz?

—Sí.

—Quítame del altavoz. ¿Ya?

—Espere. Ya.

—Pásame el número de su teléfono.

—8110448619.

—Muy bien, le voy a mandar un mensaje, devuélvame con su ubicación.

De pronto sientes como tu teléfono vibra y de inmediato abres el *WhatsApp*, «aquí mande su ubicación en tiempo real».

«Enviar».

De pronto escuchas un ruido que hace que se te escape un grito. Tu depredador ha terminado con el otro chico y ahora golpea la puerta para que te conviertas en su siguiente juguete.

—Ya está golpeando la puerta —susurras.



—¡Escúchame! Esconde el teléfono para que no lo detecte, ya sé dónde estás y mandé una patrulla para allá, pero si en lo que llegan vuelve a circular, no sabremos a donde se han ido. Escóndelo de una forma de que no sepa que llevabas contigo un celular.

—¿Y si logra entrar que hago? —chillas.

—Defiéndete y trata de huir. Golpéalo en sus genitales, garganta u ojos y corre. Esconde el teléfono, no pierdas tiempo.

Colocas el celular detrás del retrete y te quedas en el piso en espera a que ese malvado ser entre. Intentas convencerte de ponerte de pie para estar con la preparación necesaria de huir. Por más que lo intentas, tus piernas no te responden; te has quedado sin adrenalina. Ya ni siquiera tu cuerpo puede protegerte.

Decides cerrar los ojos tan fuerte como puedes. Solo esperas que tu fin sea rápido y sin dolor. Deseas que se haya saciado con la sangre del otro chico, pero en el fondo sabes que tu depredador te ha dejado como plato fuerte; lo otro solo fue el aperitivo.

—¿Me extrañaste? —te pregunta el monstruo.

No tienes respuesta, ni siquiera suplicas, no tienes nada. Solo un cuerpo y una vida que ofrecer a tu verdugo para que se entretenga a lo grande.

Sigues con tus ojos cerrados. Los proteges; no hay nada bueno que ver. Deseas retirar también los sentidos del tacto y el oído, pero es imposible. No puedes desprenderte de ellos.

Tus sentidos, esos que te regalaban los goces y deleites de la vida, ahora solo te brindan terror. Deseas que desaparezcan. Solo anhelas no poder sentir nada. Quieres desaparecer.

De pronto, tu oído se rebela a ese sufrimiento de solo poder darte sensaciones maliciosas y te brinda un sonido de esperanza: son sirenas de policías. Tu salvadora lo ha logrado y ha podido dar contigo. Abres los ojos y ves cómo te encuentras en el baño sin la presencia de quien iba a ser tu futuro asesino.

Han pasado algunos meses desde tu encuentro cercano con la muerte. El demonio logró escapar de la policía y tú de él.

Fue tanta la impotencia que sentiste ese día, que un sentimiento de maldad se apoderó de ti desde entonces. Has decidido buscar a ese maldito. Hacerlo sufrir por lo que hizo y lo que aún desconoces que ha hecho en toda su vida. Si es que es un ser viviente, lo matarás. Quizás solo fue un ente maligno que salió de su guarida para entretenerse un rato.

Estás ahí, en el asiento de un autobús de la misma ruta que tomaste aquella noche. No es la primera vez que lo haces; llevas ya más de doscientos viajes. Has perdido el



trabajo por enfocarte en la venganza. Hoy pagaste el boleto con el último dinero que te quedaba de tus ahorros. Te la has ingeniado para subir contigo ese cuchillo con el que juraste acabarlo.

Tu venganza está por los suelos y tu aburrimiento a tope. Pensar tanto en ese hombre te ha transformado en otra persona: mal humorada, grosera y sin aspiraciones. Lo único que has deseado en la última época es poder clavar ese hermoso cuchillo en su corazón y manchar su camiseta blanca de un rojo más vivo y puro. El pensar en eso es lo único que logra sacarte una sonrisa; nada más importa. Solo deseas sentir el calor de su sangre y ¿por qué no?, saborear ese jugoso líquido. No duermes; en tus sueños eres una persona débil y ridícula. Cuando tu cuerpo no soporta más el cansancio y cae al mundo de los sueños, aparece él de nuevo y tú estás ahí: impotente y frágil como aquel día. Despiertas y en lugar de descansar, tu cuerpo se siente más agotado.

Necesitas poner fin a eso. Necesitas saborear esa sangre que tanto has anhelado. Ya no tienes dinero, ya no tienes nada, solo un cuchillo y quince personas que van en el mismo autobús que tú.

En fin... ¿Qué tan diferente puede saber la sangre de ellos contra la de «Él»?



PARA ENGAÑAR A SANTA

OVIDIO MONTES AGUILAR

Era la víspera de Navidad. Afuera, la nieve cubría todas las superficies -el techo de la casa, el capó del carro, el buzón al pie del camino de entrada- de un manto blanco aterciopelado sobre el cuál, la noche añadía una capa de oscuridad que se extendía hacia el negro horizonte desprovisto de estrellas.

Hugo miró por una ventana entrecerrando sus pequeños ojos. Escrutó el cielo en busca de algún tipo de movimiento, cualquier cosa. No sabía a ciencia cierta que buscar. Nadie le había dicho como era Santa Claus, como caminaba o vestía... ¡de rojo claro! Pero nunca más allá de los detalles de conocimiento común. Pegó su cara a la ventana, ahueco sus manos alrededor de los ojos para bloquear el reflejo del interior que le impedía sortear la oscuridad de la noche, al hacerlo casi dejó caer el objeto envuelto en un paño de cocina en su regazo; lo sujetó antes que cayera al suelo y lo acomodó entre sus piernas, nadie querría tener un accidente con un objeto como ese.

Adentro, los arreglos y juegos de luces tapizaban cada centímetro del pino que su padre había comprado para estas fiestas. Días antes temía la ausencia del pino este año. Suponía que su madre se negaría a la celebración de temporada; por suerte su papá salió al rescate. Advirtió que la navidad sería celebrada y salió a comprar el pino, después, se encargó de recuperar los adornos de las mohosas cajas en el ático y ¡Presto! La navidad llenó la casa este año.

A Hugo no le importaban mucho esos adornos. Algunos de ellos le resultaban bastante irritantes, como el Santa que tomaba un baño de burbujas (ese adefesio era el favorito de Rodrigo), pero ¡el pino no podía faltar! Todos en la escuela decían que Santa no dejaba juguetes en casas donde no había pinito. Eso no podía ser mentira. Y no estaba dispuesto a arriesgarse el año en el que se estrenaba el nuevo visor *PlayMoon 21*, último accesorio de su consola de video *MoonGames*. Con sus gráficas de alta definición y sonido envolvente.

Hugo no entendía como el pino podía faltar en su casa, mientras que adornos tan feos como la foto familiar, esa en donde salía chimuelo y Rodrigo estaba en los brazos de su madre, eran tratados como si fueran oro.



Desde luego sabía porque su madre no quería festejar la navidad este año, aunque no lo entendía, había muchas cosas que Hugo no entendía de los adultos. Y había cosas que los adultos no entendían de Hugo a sus diez años: Por ejemplo, lo mucho que añoraba el pavo de la abuela Nena en navidad, y él no entendía porque no sería cocinado este año. ¡Hombre! Ni siquiera tendría su cena favorita de pizza y espagueti; todo por su madre que “no estaba en condiciones” ¿Por qué llevaba tanto tiempo así?

Respingó al oír algo en el exterior; el paño de cocina casi cayó de nuevo y al sujetarlo se desenvolvió el cuchillo de carnicero envuelto en él; lo cubrió y acomodó entre sus piernas. Miró el reloj de péndulo sobre la chimenea. La una y cuarto, otra cosa que no entendía.

En navidad todo mundo se desvelaba, cantando y bailando. Este año, sus padres se durmieron antes de las once. Ni villancicos, ponche o intercambio de regalos (lo más importante de la navidad, según Hugo); lo único que hubo fueron largos rezos. A Hugo le molestaba que lo obligaran a rezar. Intentó saltarlo, su madre no lo permitió. No sabía porque su madre estaba así todo el día. Sospechaba que tendría que ver con la navidad, o la falta de esta. Había escuchado a su padre, semanas antes, hablar con alguien por teléfono sobre el tema; lo hizo a hurtadillas, mientras su padre usaba al teléfono frases como “Volver a la normalidad” o “Evitar romper la rutina de las fiestas”, sabía que se refería a su madre, pero otra vez, no lo entendía. Y tampoco hacía mucho esfuerzo por entenderlo. Nunca se le dio bien el ponerse en los zapatos del prójimo. Tenía sus propios problemas: A mitad de curso, cuando le enseñaron sobre las estaciones del año y el invierno, se enteró que Santa veía a cada niño cuando pensaba que estaba solo y hacía una lista de las cosas buenas y, sobre todo de las cosas malas que hacían. Así Santa decidía cuántos regalos le daba a cada niño, o incluso podía decidir no dar regalos en lo absoluto; ¡No dar regalos! Eso lo aterrorizó. La gente solía tacharlo de mal portado, pero tenía motivos para todo lo que hacía. Como cuando tuvo el problema con el niño de primero por el dinero del lonche, ¿nadie entendía que el niño ya estaba demasiado gordo? o como cuando experimentó con ese perro callejero para comprobar lo que le enseñaron sobre la sangre de los mamíferos en biología.

Por si eso fuera poco había otro problema. La maestra les había dicho en clase que Santa no les podía traer a los niños todo lo que pedían, sobre todo si tenían hermanos; su madre se lo confirmó: “m’ijo, tienes que entender; Santa le lleva regalos a todos los niños. No puede dejar sin regalos a unos para darles todo a otros”. *Tienes que entender; Tienes que entender!* Él debía entender a todos, pero nadie le podía entender a él.

Volvió su vista a la mesita redonda a lado del escabel. Odiaba esa horrible foto con su sonrisa desdentada; ¿podría deshacerse de ella? se lo pensó mejor. Últimamente sus



padres atendían mucho a esa foto. No lo entendía. Con todos los adornos brillantes... ¿Por qué decoraron el marco con un listón negro?

Un ruido lo alcanzó desde el rellano de las escaleras. Las luces solo mostraban los dos primeros escalones. Aguzó el oído. ¿Era un ronquido? Su papá solía armar un verdadero escándalo al dormir, y esa noche había estado tomando alcohol desde temprano, tomaba mucho últimamente. Cuando lo arrojó en cama vio que no podía caminar derecho. Si, seguro era un ronquido. Miró el reloj de péndulo. Las dos de la madrugada.

Hugo no sabía que esperar de Santa. Nunca le interesó conocerlo. Le bastaba con despertar en navidad y ver los presentes al pie del árbol. Pero este año había cosas que le hacían temer no recibir lo que había pedido en su carta. No quería arriesgarse, por lo que evitó cualquier roce con niños menores en la escuela, así como perros y gatos callejeros, incluso dejó de entretenerse con Rodrigo, su hermano menor, en esas sesiones de juegos que frecuentemente terminaban con Rodrigo haciendo una pataleta.

Aun así, no podía quitarse de la cabeza lo que su maestra y su madre habían dicho sobre sacrificar sus anhelados regalos para compartir con otros niños. El solo quería una cosa, pero al enseñar la carta para Santa a sus padres, ambos le anticiparon que podría ser difícil para aquel conseguir todo lo que Hugo pedía, cuando les dijo que podía prescindir de todo y conformarse solo con el visor *Playmoon* recibió otra mirada reprensión, seguida de unas palabras que le dieron una perspectiva nueva de su problema “Recuerda que Rodrigo también tiene una carta para Santa ¿No se te ha ocurrido?”. Y no, no se le había ocurrido, pero si se le ocurrió una manera de aligerar la carga de Santa. No sabía cuántos juguetes pediría Rodrigo en su carta, pero no estaba dispuesto a tomar el riesgo, así que se hizo cargo de Rodrigo antes de noviembre, en una noche de fin de semana. Ambos compartían cuarto y en más de una ocasión había escuchado a su madre reprender a su padre por la forma de arropar al niño, decía que se podía asfixiar. El resto fue fácil para Hugo y su almohada, después fue a despertar a sus padres para decirles que Rodrigo estaba “un poco raro, que no despertaba”.

Seguro, Hugo echaba de menos a Rodrigo, pero también había echado de menos a Rocky, su hámster, después de que amaneció muerto en su jaula y a las dos semanas lo habían remplazado por Rocky Dos. Quizás Diosito les mandaría un nuevo hermano después y entonces su madre volvería a ser la de siempre. Cuidó cada mínimo detalle de la cama de su hermano; incluso la forma de presionar la almohada y ropa de cama contra su rostro, lo había hecho con su torso, no con sus manos. Si Santa lo estaba viendo en ese momento quería que pareciera un accidente de juego “¡Santa! Jugábamos a las luchas y no me di cuenta.”



De todas maneras, Hugo era previsor y estaba preparado para una falla de su plan. Quizás Santa le llevara lo que pedía (Al final, no tenía que llevar juguetes a Rodrigo), quizás no. Tal vez no le gustara lo que había hecho a Rodrigo. Como el resto de los adultos en su vida, pudiera Santa no entender a Hugo. Por eso tenía el cuchillo de carnicero envuelto en el paño de cocina. Lo desenvolvió y lo tomó del mango con ambas manos. Había visto lo duro que era y suponía que podría sorprender a Santa; si no le veía dejar el visor al pie de su árbol, seguro tendría un visor *PlayMoon 21* para otro niño afortunado en su saco.

Las tres de la madrugada ya. Sus ojos se cerraban cuando escuchó el sonido de pasos, firmes y fuertes. Desperezó su cabeza y vio por la ventana, ni rastro de renos o trineo. El sonido se hacía más intenso. ¿Salía de una de las recámaras? ¿Acaso no entraba Santa por la chimenea? Dejó el escabel y se escondió tras el sofá. No quería ser pillado. Asomaba desde el reposabrazos, mientras sostenía el cuchillo entre sus manos. Dirigió su vista al rellano de la escalera cuando de pronto apareció.

Santa se movía con lentitud. Bajaba torpemente las escaleras inclinando su gordo cuerpo para nivelar el saco a sus espaldas. Tocaba su cabeza un gorro rojo con borla blanca. Por algún motivo, le recordó a su papá cuando tomaba mucha cerveza. Santa se detuvo en el centro de la sala paseando su vista. Desde donde estaba, Hugo no podía definir bien sus facciones, podía ser el cansancio, podía ser la falta de luz. Apreció la superficie de una mejilla demasiado brillante, con un tono extraño, como plástico.

Santa se acercó a la chimenea, dejó su saco en el suelo y sacó de él un calcetín de colores que colgó de un gancho en el borde superior. El calcetín, tenso de regalos, portaba un listón con el nombre *Hugo*; después colocó otro igual a su lado con el nombre de *Rodrigo*. A continuación, se acercó con paso inseguro al árbol para dejar los juguetes, dando parcialmente la espalda a Hugo quien no podía creer a sus ojos: Un balón de fútbol, un coche de bomberos, un pequeño robot...juguetes para un niño de cinco o seis años. ¡Santa había recibido la carta de Hugo! No se había enterado de lo que le había pasado a su hermano.

No tuvo mucho tiempo para pensar. Si Santa llevaba los regalos de Rodrigo, seguro no habría visor *PlayMoon 21* para él. Miró el saco al pie del árbol, seguro habría adentro un visor para otro niño. Decidió tomar cartas en el asunto. Santa se encontraba acucillado junto al árbol dándole la espalda, Hugo salió con rapidez de su escondite y arremetió con el cuchillo antes de que pudiera volver su vista. La hoja atravesó el cuello por el lado izquierdo, sintió una resistencia y escuchó un golpe al tocar el hueso. Se encontraba detrás de Santa y lo vio caer haciendo un sonido amortiguado por la alfombra de la sala.



Hugo no perdió tiempo con el cuerpo; no le importaba si estaba muerto, ya había matado antes, en vez de eso se abalanzó sobre el saco y lo abrió con una mano. El interior era una cueva oscura, introdujo su mano y tanteo en busca de una caja de tamaño mediano. Hugo no podía atinar las formas que palpaba en el interior del saco. Asió con su mano un objeto poroso e irregular y lo extrajo del saco. No podía identificar lo que era, parecía duro y negro. Al dejarlo caer, hizo un ruido apagado y Hugo observó que su mano estaba manchada de negro. Había visto eso antes, en la chimenea. ¿Por qué Santa llevaba carbón en su saco?

Escrutó de nuevo el interior con sus ojos, nada, solo negro, un negro plagado de relieves irregulares; movió su cabeza para utilizar la luz de los adornos navideños, pero de pronto ésta se vio eclipsada por una sombra a sus espaldas, una sombra que creció y creció hasta engullir todo, no solo la luz que emanaba del pinito de navidad, también robó al luz del fuego de la chimenea que se encontraba frente a Hugo, como si las brasas hubieran retrocedido por miedo a la cosa que se encontraba detrás de él. La sombra se contrajo momentáneamente y sintió una exhalación caliente en su nuca y un bufido perforó sus oídos, alguien lo olía; por el rabillo del ojo asomó una mano que terminaba en uñas grandes y afiladas, pasó sobre su hombro y aferró el borde del saco. Como si hubieran leído en su cabeza su último pensamiento, alguien le habló al oído con una voz animal.

—¿Acaso no lo entiendes? No te preocupes, yo si te entiendo a ti. Te he entendido durante años

Hugo giró con sus ojos puestos en el suelo. No quería levantar la vista hacia lo que le sea que le hablaba. Miró un rostro arrugado en el suelo, una máscara de Santa. Cuando el portador de la voz volvió a hablar, Hugo sintió la calidez de la orina mojando su pijama.

—Mírame.

Hugo levantó una cara descompuesta por el pánico y aunque su visión se enturbiaba por las lágrimas, estas no pudieron evitarle el horror de la imagen. El ruido de los pasos de Santa era claro y fuerte porque lo producían dos pezuñas. La piel estaba cubierta de un pelo café largo y opaco; pero lo peor era la cabeza, porque no tenía parecido alguno a la de un humano, dos ojos amarillos de cabra lo veían bajo una cornamenta espiral. El hocico - porque aquello no podía ser una boca - exhibía una hilera de afilados dientes al hablar.

—Para engañar a Santa, debiste merecer su visita primero, y para engañar a Krampus, bueno... tendrás toda la eternidad para aprenderlo.



Krampus tomó a Hugo por el cuello con su mano libre y lo acercó a la boca de su saco; cuando ésta quedó abierta, adentro ya no había oscuridad sino una luz roja y caliente en la que se mostraban a otros niños tan mal entendidos como Hugo. Al ver en el sombrero lo que le esperaba, Hugo deseó la oscuridad de nuevo. Abrió su boca para gritar, pero no salió sonido de ella. El ayudante de Santa metió al niño al saco mientras éste se revolvió sin entender que había sido de su visor, quien era éste Krampus, ni porque lo visitaba esta nochebuena.



CÓMO PUBLICAR EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA REVISTA

La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano es una revista trimestral, de difusión masiva, que compila lo mejor de los cuentos contemporáneos de terror escritos en español. Los números de la revista no están catalogados por tema, sino que el tema es libre, siempre y cuando pertenezcan al género de terror.

Para mantener un número estándar de la revista, no publicamos más de doce cuentos por edición, ni menos de ocho. Así que, si envías cuento y no es aceptado, no te desanimes. Muchas veces, el rechazo no significa que tu texto no sea bueno, sino que tuvimos que tomar la decisión de solo elegir un número determinado.

El proceso de selección se realiza a doble par ciego. Primero, recibimos los textos y un primer evaluador selecciona los que cumplen con los requisitos y, considera, tienen una calidad alta para una revisión profunda. Los textos que no pasen el primer filtro, no reciben retroalimentación. Los elegidos para la segunda etapa se enviarán a distintos jurados. Cada texto tendrá dos lecturas de dos evaluadores diferentes, que llenarán un formato en el que calificarán, del 1 al 10, los diferentes ítems para su publicación. Los que tengan la calificación global más alta serán publicados en el siguiente número. Los que no, a modo de compensación, se les enviará la plantilla con la calificación del jurado para que revisen sus debilidades, las trabajen y participen en los siguientes números.

El proceso, como se dijo, es a doble ciego. Esto significa que no se conocerán los jurados hasta que salga publicada la revista, y los jurados no conocerán la identidad del autor del texto.

El proceso y los requisitos para enviar tu cuento son los siguientes:

1. Género: terror; tema: libre; escrito en español. No es necesario que sea inédito.
2. Envíalo a revistadelntl@gmail.com
3. Extensión máxima: 3000 palabras; extensión mínima: 800 palabras.
4. Envía el cuento sin pseudónimo, ni firma. En un archivo aparte, un documento con tu información: nombre o pseudónimo, correo electrónico, teléfono de contacto, redes sociales y nombre del cuento. Por favor, nombrar los



archivos del siguiente modo: Títulodelcuento (para el cuento) y Nombredelautor (para el archivo con los datos del autor).

5. Fecha máxima: 3 de marzo de 2024.

Si tienes alguna otra propuesta, diferente a cuento, que creas que se enmarca dentro de la revista, envíala y la analizaremos de manera especial.

La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano, así como el Movimiento del Nuevo Terror Latinoamericano, es un proyecto sin fines de lucro que busca impulsar el terror de calidad escrito en el continente. Por esta razón, no damos una retribución económica a los autores, sino que promovemos masivamente la revista e invertimos recursos para que llegue a muchísimos lectores.

Si encuentras algún error en la revista, por favor háznoslo saber enviando un correo a revistadelntl@gmail.com. Estamos en proceso de mejorar cada vez y cualquier observación, la agradeceríamos demasiado.

Si te interesa contactar con algún autor, puedes dar click en su nombre y te remitirá a sus redes sociales.

Por favor síguenos en nuestras redes sociales, Facebook e Instagram, para hacer crecer esta comunidad.

